

EL MODELO DE RACIONALIDAD Y LA DECISION DE IR A LA GUERRA: EL CASO DE JAPON EN 1941

Aníbal Romero

***E**l autor sostiene que en el caso de la guerra hay factores irreductibles que no pueden ser sometidos al análisis ni a una evaluación puramente racional, y para probarlo estudia el caso del Japón en la Segunda Guerra Mundial. Es un estudio fascinante basado en un material de primera mano, verdaderamente excepcional, del que el autor saca el mejor provecho.*

1/ Estructuración teórica del problema

1.1 Incertidumbre y racionalidad

EL FUTURO ES INCIERTO, y a medida que se acrecienta la complejidad de los eventos —como ocurre en el marco de las relaciones internacionales contemporáneas— aumenta también el grado de incertidumbre sobre su curso probable así como sobre el posible impacto de las decisiones. La dificultad de pronosticar con cierta exactitud el desarrollo de los hechos es particularmente aguda en el caso de la guerra, pues como afirmaba Clausewitz: “La guerra es la provincia de la incertidumbre: gran parte de los factores sobre los que debe calcularse la acción de guerra están más o menos ocultos tras las nubes de la incertidumbre... desde el comienzo hay un juego de posibilidades, probabilidades, buena y mala suerte que se extienden como los hilos de una red, y hacen de la guerra la actividad humana más parecida a un juego”¹. Lo que impide una “ciencia de la guerra” entendida como un conjunto de reglas y principios dogmáticos que den “garantía de victoria”, es, por un lado, el conjunto de condiciones que diferencian el combate *real* de los combates simulados o imaginados: la ambigüedad de las informaciones sobre el enemigo, la incertidumbre en cuanto a las fuerzas morales y el funcionamiento operacional de las maquinarias militares, etc.; y por otro lado, la acción recíproca de las voluntades, el hecho de que en la guerra la voluntad

IV TRIMESTRE 1985

de cada uno de los contrincantes se ejerce no sobre una materia inerte sino sobre otra voluntad que puede reaccionar de manera imprevisible. “De estas dos causas —dice Aron— se deduce el carácter singular y único de toda situación a la que se enfrentan el jefe militar y sus hombres”¹.

No obstante, si bien la incertidumbre es un dato omnipresente, los actores políticos, en especial si se trata de una decisión tan trascendental como la de ir a la guerra, están obligados como mínimo a estimar las consecuencias probables de sus acciones, teniendo en cuenta, claro está, que siempre habrá un irreductible margen reservado por la historia al azar.

Como expresa Karl Deutsch: “los hombres y los gobiernos deben confiar menos en la *seguridad* y más en el *aseguramiento*, e incluso esto sólo en medida limitada. Conociendo las limitaciones de su capacidad de previsión, pueden intentar prever, tomar provisiones ante posibles riesgos cuya estimación sólo logran realizar de un modo muy imperfecto, esforzarse para que sus riesgos sean menores, adaptar sus niveles de aspiración en los asuntos exteriores a los recursos de hombres y material realmente disponibles, en comparación con los recursos y reservas que cada nivel de fines en política exterior requeriría”².

Lo que Deutsch plantea es, simplemente, que el proceso de toma de decisiones en política exterior debe estar sometido a una norma de racionalidad, entendiendo por tal básicamente un cálculo de la relación proporcional entre fines, expectativas, y medios. Desde luego, el proceso de formulación y toma de decisiones debería ser un proceso racional, y quizá lo sea con frecuencia, pero sin duda no lo es siempre. El propio análisis de Deutsch desmiente la validez descriptiva —sin disminuir por ello el atractivo normativo— del modelo de racionalidad. Según Deutsch, entre 1914 y 1964, “las decisiones de las potencias principales de ir a una guerra o expandirla, junto con sus juicios acerca de las intenciones y capacidades relevantes de las otras naciones, parecen involucrar grandes errores sobre los hechos en quizás más del 50 por ciento de los casos. Cada uno de estos errores costó miles de vidas; algunos costaron millones. La frecuencia de tales errores parece ser igual en monarquías y repúblicas, democracias y dictaduras, regímenes comunistas y no comunistas. Sería interesante buscar evidencia si los gobiernos contemporáneos son más o menos propensos al error en su percepción de lo que suponen son sus intereses”³. El modelo de racionalidad, que supone la existencia de un actor político unitario, valores manifiestos y susceptibles de jerarquización, amplia información sobre las alternativas y cálculo racional, no puede en muchas ocasiones dar cuenta de los hechos tal y como realmente ocurren. Esto es así porque las decisiones son tomadas por seres humanos influenciados por sus motivaciones y enmarcados dentro

de contextos culturales específicos, lo cual merma en numerosos casos el impacto del “cálculo racional”. Decisiones de enorme importancia son a veces tomadas sin ninguna planificación previa, y sin ningún análisis de sus posibles resultados. Podría citarse como ejemplo la decisión de Hitler de declarar la guerra a los Estados Unidos. Pocas horas después de ser anunciada, el jefe del Estado Mayor de Hitler, General Jodl, telefoneó desde Berlín a un oficial en el Cuartel General: “¿Ha escuchado que el Führer acaba de declararle la guerra a Estados Unidos?. Les corresponde ahora a ustedes examinar en qué dirección, el Lejano Oriente o Europa, es más probable que los norteamericanos envíen al grueso de sus fuerzas. Sólo después de realizado ese estudio se tomarán otras decisiones”. El oficial entonces respondió: “Ciertamente, se requiere ese examen de la situación. Ya que hasta ahora no se suponía que debíamos considerar una guerra contra Estados Unidos, no hemos hecho preparativos para este análisis; por lo tanto, la misión tiene que emprenderse de inmediato”. Y Jodl añadió: “Vea usted qué puede hacer. Cuando nos reunamos mañana discutiremos de nuevo el asunto”⁴. Peculiaridades culturales, sistemas de valores y visiones del mundo pueden también jugar un papel notable en la determinación de ciertas decisiones; así ocurrió, como se verá más adelante, en el caso de los dirigentes civiles y militares japoneses a quienes correspondió discutir la entrada de su país a la Segunda Guerra Mundial.

Otra de las críticas que se hacen al “modelo de racionalidad” proviene del estudio de la “política burocrática”, es decir, de la interrelación entre las diversas unidades que participan dentro de un mismo Estado en el proceso de formulación de políticas y toma de decisiones. Se dice que la política exterior es el resultado de un conjunto de juegos simultáneos entre diversas unidades oficiales que intentan controlar las decisiones. En lugar de la imagen de unidad y de progresión homogénea hacia la maximización de determinados valores subyacentes en el modelo de racionalidad, se tiene más bien una realidad de competencia y rivalidades entre distintas agencias gubernamentales involucradas en el proceso: “En esta perspectiva, la política exterior es la acumulación de pequeñas políticas más que la realización deductiva de un gran diseño”⁵. La importancia de este “modelo burocrático” para el tema aquí tratado reside en que llama la atención sobre las diferencias en la actitud de distintos sectores en la escena doméstica ante un problema específico de política exterior. Diversos autores y analistas de las relaciones internacionales han sugerido que una vez que comienza una guerra, el sector *militar* es el más renuente a darle fin en términos que no sean los que se consideran más favorables, prefiriendo continuar la lucha en la forma que sea posible. Con frecuencia, rehúsan admitir que una guerra está perdida o que no puede ser ganada de manera decisiva. Este fue el caso con todos los ejércitos en la Primera Guerra Mundial, y una ilustración extrema se encuentra en la actitud de los jefes militares japoneses en las etapas finales de la Segunda Guerra Mundial: “los militares están usualmente menos al

1/ Carl von Clausewitz: *On War*, Penguin, Harmondsworth, 1974, págs. 116-117.

2/ Raymond Aron: *Penser la Guerre: Clausewitz*, Vol. 1: “L’âge européen”, Gallimard, Paris, 1976, pág. 293.

3/ Karl W. Deutsch: *El Análisis de las Relaciones Internacionales*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1970, pág. 109.

4/ Citado por Eva Josko de Guerón: “La Civilización Científico-Tecnológica y la Política Exterior: Del Modelo Racionalista al Modelo de la Política Burocrática”, *Política* No. 3, U.C.V., Caracas, 1974, pág. 51.

5/ Véase: Fred Charles Ikle: *Every War must End* Columbia University Press, N. J. 1971, págs. 127-128.

6/ E. Guerón, *ob. cit.*, pág. 125.

tanto que otros del hecho de que la guerra se hace para lograr fines políticos, entre ellos una paz mejor. Para ellos, la guerra es una actividad que tiene su propia lógica, y no tienen ni el deseo ni el tiempo de considerar la estructura de paz posterior a la guerra"⁷. Esta generalización, un tanto exagerada, no se aplica por supuesto a todos los casos, aunque sí a algunos. No obstante, como se verá en otra sección de este ensayo, los dirigentes *civiles* japoneses tuvieron tanta responsabilidad como los militares en la decisión de ir a la guerra contra Estados Unidos en noviembre de 1941.

La utilidad descriptiva del modelo de racionalidad ha sido también cuestionada por los proponentes de la así llamada "teoría de la organización", quienes señalan los límites de la racionalidad, e indican que en la práctica, en la acción política concreta, se da una búsqueda de "satisfacción" más bien que de "maximización"⁸. A pesar de estas críticas, el modelo de racionalidad sigue teniendo cierta validez descriptiva, sobre todo en el campo de las relaciones internacionales y en particular en situaciones de *crisis*, en las cuales generalmente se restituyen las jerarquías y hay una tendencia a *unificar* la toma de decisiones ante amenazas externas. Cuando se trata de una decisión tan crucial y de tantas implicaciones como la de ir a la guerra, el modelo de racionalidad manifiesta toda su validez normativa: la guerra es un instrumento de uso extremadamente delicado, y es razonable esperar que los estadistas que tengan en sus manos la decisión de emplearlo se esfuercen en calcular los costos probables y los relacionen con las posibles ganancias de su utilización en cada caso. En vista de que el análisis que aquí se proyecta sobre la decisión japonesa de 1941 se hará con base en los postulados de ese "modelo", es necesario explicarlo con mayor detalle e igualmente insistir sobre sus limitaciones.

1.2 Postulados básicos del Modelo de Racionalidad

APLICADO AL PROBLEMA DE LA GUERRA, el modelo de racionalidad asume que los contrincantes poseen suficiente información para realizar los cálculos costo-beneficio que deben fundamentar la decisión de ir a un conflicto bélico y definir el marco de su eventual terminación. En *De la guerra*, Clausewitz hizo una clara exposición de los lineamientos esenciales del modelo: "Ya que la guerra no es un acto de ciega pasión, sino que está dominada por el fin político, el valor de ese fin determina el monto de los sacrificios requeridos para lograrlo; tal será el caso no sólo en lo que respecta a la extensión, sino también en cuanto a la duración del conflicto. Tan pronto como los costos en que se incurra sobrepasen el valor del fin político, éste deberá ser abandonado, y el resultado será la paz... Vemos entonces que en aquellas guerras donde uno de los bandos no pueda desarmar al otro, las motivaciones de paz de ambos contrincantes aumentarán o disminuirán de acuerdo a las posibilidades de éxito futuro y los sacrificios requeridos"⁹.

7/ Michael Handel: "The Study of War Termination", *The Journal of Strategic Studies*, Vol 1, No. 1, May 1978, pág. 62.

8/ Véase, por ejemplo: J. G. March y H. Simon: *Organizations*, John Wiley & Sons, N. Y., 1958, págs. 137-172.

9/ Carl von Clausewitz: *ob. cit.*, pág. 125.

El planteamiento de Clausewitz, que encierra una formulación del "modelo racionalista", puede sintetizarse así:

a) Los actores políticos en conflicto son considerados como unidades, con un centro identificable de toma de decisiones.

b) Los contrincantes (o al menos uno de ellos) conocen precisamente cuáles son sus fines y expectativas y el *valor* que les asignan a los mismos, así como los fines y expectativas del enemigo y el valor que para el mismo tienen.

c) Los beligerantes disponen de toda la información necesaria para evaluar su poder de lucha y el de su adversario; por lo tanto, pueden calcular el poder relativo presente y futuro del otro y sus efectos en la continuación del combate.

d) Uno o ambos de los beligerantes pueden identificar y comparar anticipadamente los costos de los diversos cursos de acción existentes.

Ya se han señalado algunas de las limitaciones de estos postulados, y cabe enfatizar las siguientes:

a) En primer lugar, como lo indican los estudios de la "política burocrática", los Estados no deciden típicamente como unidades homogéneas. Las resoluciones más importantes son con frecuencia el resultado de un complicado proceso de negociación que lleva a alcanzar un compromiso, el cual no es siempre "racional" sino que responde a las necesidades de diversos grupos y refleja su poder e influencia.

b) En segundo lugar, es muy difícil que algún bando posea un conocimiento completo y exacto sobre sus propios fines y valores, pues las opiniones en cada país usualmente están divididas y hay polémica en torno a asuntos básicos.

c) Para llegar a una decisión perfectamente racional, se requiere información completa sobre los valores, fines y poder del enemigo, mas tal información es extremadamente difícil de obtener, y solo se acopia en forma parcial. Gran parte de la evaluación sobre las intenciones y capacidades del enemigo es una cuestión de *percepciones*, que son —particularmente en la guerra— terreno propicio para el error.

d) Muchos valores, como la "libertad", el "honor nacional", la "justicia", etc., no pueden ser sometidos a una evaluación racional, en especial por aquellos mismos que los sustentan en situaciones coyunturales y momentos críticos. Desde luego, en relación al problema de la *terminación* de la guerra, hay un caso excepcional que se produce cuando un Estado se ve amenazado por una guerra a ultranza y una política de genocidio, pues en tal situación no queda otro camino que resistir a como dé lugar.

e) De lo anterior se deriva que es imposible establecer en forma precisa una comparación de cálculos costo-beneficio tal como lo recomienda Clausewitz, pues los fines y valores de cada bando no pueden medirse según los mismos criterios, y no hay un denominador común que permita estimar la categoría que cada contrincante asigna a sus propios objetivos y su disposición de sacrificarse y pagar altos costos para obtenerlos¹⁰.

10/ Véase: M. Handel, *ob. cit.*, págs. 66-67.

En otras palabras, lo que se pretende afirmar es que son muchas las causas que contribuyen a preservar un irreductible margen para la incertidumbre y el azar, y que si el cálculo propuesto por Clausewitz fuese posible y exacto, la guerra estaría de hecho predeterminada. En palabras de Simon: "Desde luego, el sujeto que actúa no puede conocer directamente las consecuencias que se seguirán de su comportamiento. Si pudiese conocerlas, operaría aquí una especie de causalidad inversa: las consecuencias futuras serían las determinantes del comportamiento presente. Lo que él hace es formar expectativas de las consecuencias futuras, expectativas que están basadas en relaciones empíricas conocidas y en su información sobre la situación existente"¹¹. Kecskemeti reitera este planteamiento: "Con perfecta previsión, el perdedor potencial sabría, antes de comenzar el conflicto, que él debe perder, aún si sus fuerzas fuesen inicialmente superiores. En este caso, si fuese racional, no daría comienzo a las hostilidades. En ausencia de esa previsión perfecta a los beligerantes solo les queda hacer las mejores estimaciones posibles sobre el curso futuro de la guerra... Lo que el perdedor puede ciertamente evitar, si es racional, son los costos que experimentaría al continuar luchando cuando la evidencia existente definitivamente excluye otra salida que la derrota"¹². Kecskemeti plantea aquí dos puntos de gran interés: en primer lugar, no es posible *prever* por anticipado el curso de la guerra, pero sí es posible, y necesario, hacer estimaciones adecuadas sobre su desarrollo probable; en segundo lugar, esas estimaciones costo-beneficio deben hacerse a *lo largo* de la guerra, en diversos momentos de su desarrollo, pues puede ocurrir que la evidencia sugiera sin lugar a dudas que ha llegado la hora de *terminar* el conflicto antes de seguir incurriendo en costos innecesarios.

Con relación a lo segundo, numerosos casos históricos demuestran que con frecuencia los combates en una guerra continúan mucho más allá del punto en que un cálculo "racional" indicaría que el conflicto debería ser terminado, aun al precio de significativas concesiones. Los dirigentes del Estado encuentran serias dificultades para revisar o cambiar políticas con las cuales se han comprometido, y se da la situación (ejemplificada hasta la saciedad durante la Primera y Segunda Guerras Mundiales), de distorsión intencionada de los hechos dirigida a no perturbar las decisiones ya tomadas. Por otra parte, como señala Iklé, "después de las batallas iniciales, se tiene mucha mayor información sobre la fuerza relativa del enemigo que antes del comienzo de las hostilidades. Una actitud racional que considerase los intereses como un todo conduciría a reevaluar la decisión de cambiar, pues —de acuerdo al modelo «racional» de toma de decisiones— nueva información lleva a nuevas escogencias (o a su reafirmación). Sin embargo es muy raro que un gobierno se revoque a sí mismo después de las primeras campañas de una guerra"¹³.

Con respecto a las estimaciones previas a la guerra es también amplia la evidencia que indica que "muchas guerras de este siglo han sido comenzadas con tan solo las más nebulosas perspectivas acerca de su resultado y

sobre la base de planes que prestaban ninguna o muy escasa atención al problema de cómo iban a finalizar esos conflictos. Fueron numerosos los que empezaron inadvertidamente y sin ningún plan"¹⁴. Planificar las *fases iniciales* de una guerra es un proceso complicado y difícil, y la experiencia muestra que la realidad frecuentemente contradice los planes; más complicado aún resulta planificar para la *terminación* de una guerra, ya que entra en juego un número adicional de variables, lo cual necesariamente aumenta el nivel de incertidumbre. Ello explica que los planes de guerra tiendan a cubrir tan solo el "primer acto" y que la mayoría de las veces los dirigentes de un Estado, al decidir sobre un plan de guerra, estén de hecho escogiendo un proyecto carente de fin o de culminación. No nos referimos aquí al problema del *fin político* de la guerra, de qué se busca *con* la guerra: tales fines son reiteradamente enunciados con un alto grado de generalidad y abstracción, se trata más bien de una visión (o de un conjunto de visiones) sobre las consecuencias probables, políticas y militares, de los cursos de acción escogidos. Tal "visión" debería incluir, para ser verdaderamente completa, un análisis de las consecuencias probables de una *derrota*. El problema, claro está, se encuentra en que admiti: aún en forma hipotética antes o durante la guerra la posibilidad de una derrota es exponerse al cargo de "traición"; de allí que pocos se atreven a plantear con claridad este punto en las decisiones sobre el problema bélico. Los planes de guerra usualmente fallan en ese sentido; así ocurrió en el caso del Japón en 1941.

Todo esto lleva a considerar el problema central de la guerra y su planificación, que es el de la *definición de la victoria*: si la guerra es un instrumento político, que sirve fines que están más allá de sí misma, fines no violentos, la definición de la victoria es entonces *política*; es decir, la victoria se define en términos de una situación política deseada, que establece una nueva interrelación entre las partes. Las acciones militares que se planifiquen deben formularse y ejecutarse en función de esa visión política y hay que tener claro que la materialización de ese fin político no es el resultado de una sola campaña sino de los efectos de la guerra en su totalidad.

Estas ideas se encuentran en la base de la discusión que sigue sobre la decisión japonesa de 1941, y pueden resumirse en cinco proposiciones de naturaleza prescriptiva:

- a) La decisión de ir a la guerra no debe tomarse sin antes analizar a fondo el problema de su posible terminación.
- b) Los fines políticos y los militares deben estar en estrecha armonía y basarse en estimaciones lo más claras del curso probable de los eventos.
- c) Es un error tomar decisiones altamente riesgosas porque no se puede pensar en otros medios para lograr los fines, sin que al menos se examine la posibilidad de alterar esos fines.
- c) Es el resultado de la guerra en su conjunto, y no el de campañas singulares dentro de ella, el que determina su efectividad al servicio de los intereses del Estado. Una batalla que se gana es beneficiosa solo si se enmarca dentro de un plan más amplio para finalizar la guerra en términos favo-

11 / Herbert Simon: *El Comportamiento Administrativo*, Aguilar, Madrid, 1970, pág. 66.

12 / Paul Kecskemeti: *Strategic Surrender*, Stanford University Press, 1958, pág. 9

13 / F. Ch. Iklé: *ob. cit.*, pág. 16.

14 / *Ibid.*, pág. 108.

rables; de lo contrario, puede tener serias consecuencias para el momento triunfador (como ocurrió a los japoneses, victoriosos en Pearl Harbour).

e) Las analogías históricas deben manejarse con extremo cuidado si se emplean como guías para un plan de guerra. (Como se verá posteriormente, la experiencia de su guerra contra Rusia en 1905, y del ataque por sorpresa que aniquiló la flota del Zar, influyó significativamente a los planificadores japoneses que prepararon el ataque a Pearl Harbour).

Caben unas breves palabras acerca de por qué se ha escogido el caso del Japón en 1941 para analizar la relevancia de estas proposiciones. En primer lugar, porque ofrece un sinnúmero de matices interesantes, tanto políticos como militares, económicos e ideológico-culturales; en segundo lugar porque gracias al trabajo minucioso de un académico japonés, Nobutaka Ike, se tiene acceso a una detallada recopilación traducida al inglés, de las discusiones realizadas por los dirigentes civiles y militares del Japón en una serie de conferencias que reunieron al Gabinete y al Alto Mando Militar (a veces en presencia del Emperador) entre septiembre de 1940 y diciembre de 1941. Estas notas constituyen un material de primera mano, verdaderamente invaluable para el historiador y el estudioso de la toma de decisiones, pues a través de las mismas se puede seguir, paso a paso, el debate que condujo a la resolución final de ir a la guerra contra Estados Unidos. Los investigadores de estos asuntos conocen sobradamente que una documentación de esta categoría es algo excepcional y se impone sacarle el mejor provecho.

2/ Orígenes históricos de la decisión japonesa

A PARTIR DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX, el Japón comenzó un periodo de cambios que condujeron a transformarse en una moderna y poderosa sociedad capitalista. Su ímpetu expansionista le llevó a participar junto con otros poderes imperialistas en la explotación de Asia del Este, anexándose la isla de Formosa, Corea y secciones del sur de Manchuria. Hacia finales de la década de los años 20, Japón intentaba jugar el rol de gran poder en la escena internacional, y entraba a competir con otras naciones, en particular con Gran Bretaña y Estados Unidos, por derechos económicos y acceso a territorios y materias primas en la zona del Pacífico.

Durante esta etapa se producían también importantes transformaciones en China y el Kuomintang, el "partido nacionalista", dirigido por Chiang Kai-shek, trataba de unificar y modernizar ese enorme país. En 1927 Chiang se pronunció a favor de la política japonesa hacia el nacionalismo chino, que difería de la actitud "opresiva" de Estados Unidos e Inglaterra. En aquel momento, el objetivo de la diplomacia japonesa era fortalecer a los elementos no comunistas dentro del Kuomintang y, al mismo tiempo, dar apoyo al gobierno del "señor de la guerra" Chang Tso-lin, que controlaba en forma cuasi-independiente la enorme provincia de Manchuria, ávidamente codiciada por los intereses económicos japoneses. Tarde o temprano, tales ambiciones sobre Manchuria tenían que entrar en conflicto con el nacionalismo chino.

En efecto, hacia 1931 comenzaba a verse claro que la relativamente conciliadora diplomacia japonesa del pasado no iba a dar los resultados previs-

tos. Manchuria seguía siendo independiente del Kuomintang, pero las presiones chinas para su incorporación continuaban aumentando. Japón había realizado grandes inversiones en la construcción del ferrocarril del sur de Manchuria y consideraba ese territorio como fuente potencial de suministro de materias primas requeridas con urgencia para la industria del país. En ese entonces, como hoy en día, el Japón era un poder industrial al que faltaba solo una cosa: recursos primarios, tanto minerales como agrícolas.

Estimulados por el gobierno, numerosos colonos japoneses y coreanos se instalaron en Manchuria, indignando aún más a los nacionalistas chinos y también, simultáneamente, reafirmando el compromiso del ejército japonés destacado en la provincia ("Ejército de Kwantung") de preservar el orden de la región. El Kuomintang acentuó las acciones dirigidas a eliminar la influencia japonesa en Manchuria, para lo cual contaba con el apoyo de la mayoría de la población en la provincia. En tales condiciones, se intensificó el debate en el medio doméstico japonés sobre las perspectivas de la política exterior: ¿debia el Japón aspirar a convertirse en poder dominante en Asia del Este y usar la fuerza para lograrlo, o era acaso preferible someterse a las reglas impuestas por las ya saciadas potencias imperialistas occidentales? El dilema fue resuelto en forma directa, en septiembre de 1931, por el Ejército de Kwantung, cuyos oficiales provocaron un enfrentamiento con fuerzas chinas ("El incidente de Mukden") y procedieron a tomar el control completo de Manchuria. En agosto de 1932 el gobierno japonés — bajo intensa presión popular y de las fuerzas armadas — reconoció a Manchuria como "Estado independiente", denominándolo "Manchukuo" y colocándola bajo un régimen títere encabezado por el ex-emperador Manchú Pu Hi. Estos eventos, la creciente oposición china y las protestas norteamericanas y británicas tuvieron un profundo impacto en el Japón, estimulando a los grupos fascistas y ultranacionalistas, acrecentando el poder de los militares y reduciendo el de los líderes civiles, "moderados".

El *fait accompli* creado por el Ejército de Kwantung en Manchuria y su posterior reconocimiento por el gobierno japonés, colocó al Japón frente a frente con respecto a Estados Unidos. Japón había escogido la política de crear un "nuevo orden" en Asia en conjunto con China y Manchukuo. De acuerdo con este programa, Asia del Este se convertiría en una vasta zona de autosuficiencia, en la cual Japón hallaría seguridad económica y se haría inmune a los boicots comerciales a que se había visto sujeto en el pasado por parte de los poderes occidentales. Esta política entraba en conflicto frontal con el nacionalismo chino y con la insistencia norteamericana en mantener una política de "puertas abiertas" al comercio en China y el resto de Asia.

No hay duda que el conflicto entre Japón y Estados Unidos en la década de los años 30, que desembocó en el ataque a Pearl Harbour y la gran guerra del Pacífico, era una confrontación interimperialista. Japón consideraba sus intereses en Manchuria como necesidades vitales para su existencia nacional. La Unión Soviética y los poderes anglo-sajones se cernían cada vez más poderosos sobre un Asia que ofrecía al Japón la más obvia posibilidad de expandir sus tentáculos económicos. No obstante, como lo describe el diplomático japonés Momoru Shigemitsu, "las colonias europeas

estaban completamente clausuradas a los japoneses. En las Filipinas, Indochina, Borneo, Indonesia, Malaya, Burma, no solamente se prohibían las actividades de los japoneses, sino también su entrada. El comercio ordinario era estorbado por un trato discriminatorio... En cierto sentido el incidente de Manchuria fue el resultado de las economías cerradas posteriores a la Primera Guerra Mundial. Existía (en Japón) el sentimiento de que (el incidente) proporcionaba el único escape a la estrangulación económica”¹⁵. Yosuka Matsouka, quien sería luego Ministro de Relaciones Exteriores y al que tocó negociar el Pacto de Neutralidad con Stalin en abril de 1941, expresó en 1931 que “(Japón) se siente sofocado... Lo que buscamos es lo mínimamente necesario para seres vivientes. En otras palabras, buscamos vivir, buscamos espacio para respirar”. Y preguntaba: “¿Le corresponde a Estados Unidos, que controla el Hemisferio Occidental y se expande en el Atlántico y el Pacífico, decir que estos ideales, que estas ambiciones japonesas están equivocadas?”¹⁶.

Los informes producidos en ese período por el Instituto de Relaciones del Pacífico indican claramente que las restricciones económicas impuestas en la región por los poderes occidentales colocaban al Japón en muy serias dificultades. El país no estaba en capacidad de soportar una situación en la cual la India, Malaya, Indochina y las Filipinas erigían barreras y controles tarifarios que favorecían a los poderes coloniales de Occidente; por otra parte, Japón no podía sobrevivir como poder si se deterioraba sustancialmente su intercambio comercial con Estados Unidos y China. La “guerra comercial” contra los productos japoneses en Asia y el control norteamericano sobre recursos vitales para el Japón, como el petróleo, colocaban a ese país en un callejón sin aparente salida. De allí que no cabe asombrarse de que a raíz de esta cada vez más aguda confrontación, Japón comenzase, a partir de 1937, a expandirse en China.

El propósito de la incursión militar japonesa en el norte de China era establecer un “nuevo orden” que defendería tanto a China como al Japón del “imperialismo occidental”. Dirigentes japoneses enfatizaron repetidamente que su país no buscaba engrandecimiento territorial en China. Según un pronunciamiento del Príncipe Konoye en diciembre de 1938, China “debía extender facilidades al Japón para desarrollar los recursos naturales del país, particularmente en las regiones del norte y la Mongolia Interior”. Líderes como Tojo y Matsuoka manifestaron con insistencia que no se podía acusar al Japón de estar meramente buscando ventajas económicas; Japón se encontraba “pagando el precio que demanda el liderazgo de Asia” y, de esta manera, “impedir que Asia se convierta en otra África e igualmente evitar que China se haga comunista”. Como señala Chomsky, esa terminología, que pretendía ocultar la rapacidad imperialista tras el velo de propósitos aparentemente “altruistas”, estaba tomada directamente del léxico del colonialismo occidental¹⁷.

15 / Citado por Noam Chomsky: *American Power and the New Mandarins*, Penguin, Harmondsworth, 1971, pág. 154

16 / *Ibid.*

17 / *Ibid.*, pág. 157

En 1940 Japón estableció un gobierno títere en la ciudad china de Nanking; no obstante, su intento de someter el nacionalismo chino ocasionaba cada vez mayores costos humanos y materiales y se estancaba progresivamente. El “Frente Unido” del Kuomintang y los comunistas, conducidos estos últimos por Mao Tse Tung, se mostraba capaz de resistir a los japoneses y hundirles en el pantano de la guerra revolucionaria prolongada. Para los japoneses la resistencia china era posible tan solo debido a la ayuda material que Estados Unidos proporcionaba a Chiang Kai-shek. Ante esta situación, el gobierno japonés buscó aliarse con Alemania e Italia en el “Pacto Tripartito”. Una vez terminado el Tratado comercial norteamericano-japonés en enero de 1940, Japón comenzó a planificar la captura de las Indias Orientales holandesas, de la Indochina francesa y de las Filipinas. En julio de ese mismo año los Estados Unidos establecieron un embargo en la exportación de combustible para aviones, que Japón, en ese momento, no podía obtener de ninguna otra fuente, y en septiembre se decidió un embargo de material de hierro. Entre tanto, la ayuda norteamericana a Chiang Kai-shek iba en aumento. En septiembre del 40 se firmó el “Pacto Tripartito” y tropas japonesas invadieron el norte de Indochina con dos propósitos: cortar el flujo de suministros dirigidos a los nacionalistas chinos y avanzar hacia la ocupación de las Indias Orientales holandesas, donde Japón podría posesionarse de yacimientos petrolíferos. Pocos meses después, el 26 de julio de 1941, el gobierno japonés anunció públicamente sus planes de ocupar el sur de Indochina y, en respuesta, el gobierno norteamericano ordenó el “congelamiento” de todos los valores japoneses depositados en Estados Unidos. El 10 de agosto se produjo la decisión más temida por los japoneses, una decisión que colocaba al Japón definitivamente ante la alternativa de retirarse o proseguir sus acciones expansionistas a costa de un conflicto mucho mayor: el gobierno de Roosevelt anunció un embargo total a las exportaciones de petróleo, lo cual cerraba al Japón acceso a un recurso vital para su supervivencia.

Los objetivos del Japón eran netamente imperialistas, y en esto no diferían de los poderes occidentales. ¿Por qué —se preguntaban dirigentes y pueblo japoneses— los Estados Unidos se atribuyen el derecho de mantener una “Doctrina Monroe” en América y exigen una política de “puertas abiertas” en Asia? ¿Por qué era aceptable que Inglaterra y Holanda ocupasen la India, Hong Kong, Singapur y las Indias Orientales, y un “crimen” que Japón siguiera su ejemplo? La competencia interimperialista, la lucha de los principales poderes capitalistas por el control de mercados y recursos, había colocado al Japón hacia 1941 en una situación insostenible. Las posibilidades eran dos: o bien renunciar a una política en la que se habían empeñado enormes sacrificios y aceptar un *status quo* que negaba al Japón sus aspiraciones de convertirse en gran poder, o bien alterar el *status quo*, lo cual significaba un enfrentamiento bélico con Estados Unidos y Gran Bretaña. Japón trató de negociar; el proceso de toma de decisiones que condujo en última instancia a la guerra tomó varios meses, mas ya a finales de 1941 los dirigentes japoneses se habían convencido de que estaban siendo acorralados.

Las exigencias norteamericanas implicaban que Japón tendría que

abandonar totalmente su intento de obtener "intereses especiales" al estilo de los que poseían Estados Unidos e Inglaterra en las áreas sometidas a su dominación, suprimiendo también su alianza con las naciones del "Eje" para convertirse —en palabras de Chomsky— en un "subcontratista del emergente sistema mundial norteamericano"¹⁸. En aquel momento el pueblo y el gobierno del Japón no estaban dispuestos a adoptar este curso de acción. El sentido de crisis, la influencia de un nacionalismo exacerbado, el sentimiento de estar "cercados" por poderes de ilimitada voracidad que ya habían colocado al África bajo el control del hombre blanco y pretendían hacer lo mismo con Asia, el miedo a la URSS y al cada vez más poderoso comunismo chino, y la actitud intransigente del gobierno de Roosevelt, contribuyeron a empujar al Japón a una guerra que, como lo demuestra el debate que llevó a la decisión final, era una aventura llena de grandes riesgos y que resultaría extremadamente costosa, mucho más de lo calculado.

La teoría de la "disuasión" supone que una nación más débil, que actúe racionalmente, no atacará a otra mucho más fuerte, por temor a la derrota y a la destrucción. No hay duda de que el miedo a la derrota ha persuadido a muchos líderes de no iniciar guerras, pero el caso del Japón en 1941 demuestra que pueden haber excepciones. Los dirigentes civiles y militares japoneses no se negaron a sí mismos el hecho de que ir a la guerra era una jugada excesivamente riesgosa, pero trataron la decisión de realizarla como algo que *tenía* que ser hecho. Si Japón afrontaba el riesgo podía ser derrotado, pero si no lo hacía, iría también a la "derrota" y a la disminución de su poder. Por lo tanto, Japón debía aceptar su azaroso destino y no rehuir la lucha. La actitud de los líderes japoneses se correspondía plenamente a lo expresado por el personaje de Shakespeare en la extraordinaria Escena II del Acto IV del drama "Julio César":

"Our legions are brim - full, our cause is ripe:
The enemy increaseth every day;
We, at the height, are ready to decline
There is a tide in the affairs of men,
Which, taken at the flood, leads on to fortune;
Omitted, all the voyage of their life
Is bound in shallows and in miseries.
On such a full sea are we now afloat;
And we must take the current when it serves,
Or lose our ventures"¹⁹.
Nuestras legiones están completas, y nuestra causa madura:
El enemigo crece día a día;
Nosotros, en la cúspide, estamos expuestos a la declinación.
Existe una corriente en los asuntos humanos,
Que tomada en su curso conduce a la fortuna;
Omitirla es dejar que todo el viaje de la vida
Se hunda en escollos y desgracias.
En ese mar abierto ahora nos encontramos,
Y debemos aprovechar la corriente cuando es favorable;
O arriesgarnos a perder nuestro cargamento").

Como Brutus, uno de los más interesantes personajes shakesperianos, los dirigentes japoneses actuaron convencidos de que era "ahora o nunca".

18 / *Ibid.*, pág. 165.

19 / Shakespeare: *Complete Works*, Oxford University Press, London, 1971, pág. 840.

3/ La decisión

"DOS SOLDADOS, ESTAN SENTADOS
en una trinchera frente a un nido de ametralladoras.
Uno de ellos permanece a cubierto. El otro, con riesgo
de su vida, destruye el nido de ametralladoras con
una granada. ¿Quién se conduce racionalmente?"

Herbert Simon

3.1. Preliminares

EN VARIAS DE SUS OBRAS, Karl Popper ha enfatizado los elementos de racionalidad presentes en gran número de situaciones sociales, y ha insistido en que quizás la diferencia más importante entre los métodos de las ciencias sociales y las naturales consiste en "la posibilidad de adoptar, en las ciencias sociales, lo que puede denominarse el método de construcción lógica o racional o, en otras palabras, el método cero. Se trata de construir un modelo sobre la base de asumir una completa racionalidad (y tal vez también una información completa) por parte de todos los individuos considerados, y luego estimar las desviaciones en el comportamiento real de los sujetos con respecto al comportamiento prescrito por el modelo, utilizando este último parámetro como una especie de coordenada cero"²⁰. El uso de modelos que presumen la racionalidad no significa perder de vista que frecuentemente las acciones humanas tienen consecuencias no queridas o previstas por sus autores, y que de hecho la tarea fundamental de las ciencias sociales teóricas consiste en "discernir las repercusiones sociales inesperadas de las acciones humanas intencionales". La comprobación de que no todas las consecuencias de nuestras acciones son deseadas lleva a dejar de lado cualquier "teoría conspirativa de la sociedad", que no puede ser verdadera "porque equivale a afirmar que todos los sucesos, aún los que a primera vista no parecen deseados por nadie, son los resultados intencionales de las acciones de personas interesadas en esos resultados"²¹.

Estas observaciones son relevantes para "centrar" el análisis subsiguiente sobre la decisión de ir a la guerra en 1941. El uso de la "coordenada cero" como modelo normativo no debe conducir a la subestimación de las limitaciones de la racionalidad. En tal sentido, vale la pena reiterar, en base a las ideas de Simon, algunos de los planteamientos realizados en la primera parte de este ensayo, donde se hizo ver que el comportamiento real de (en este caso) los actores políticos no alcanza la racionalidad objetiva (comportamiento correcto para maximizar unos valores dados en una situación dada), por lo menos de tres maneras: a) La racionalidad exige un conocimiento y una anticipación completa de las consecuencias que seguirán a cada elección; pero en realidad el conocimiento de las consecuencias es siempre

20 / Karl Popper: *The Poverty of Historicism*, Routledge & Kegan Paul, London, 1972, pág. 141.

21 / Karl Popper: *El Desarrollo del Conocimiento Científico*, Paidós, Buenos Aires, 1967, pág. 394.
Véase también: J. C. Rey: "Individualismo vs. Holismo en el Estudio de Sistemas Complejos", Caracas 1979, (mimeografiado).

fragmentario. b) En vista de que estas consecuencias pertenecen al futuro, la imaginación debe suplir la falta de experiencia al asignarles valores; pero solo es posible anticipar de manera imperfecta esos valores. c) La racionalidad exige una elección entre todos los posibles comportamientos alternativos; pero en el comportamiento real solo se nos ocurren unas pocas de esas alternativas²². Tomados en cuenta tales límites, se trata entonces de juzgar hasta qué punto el proceso de toma de decisiones que llevó a los líderes japoneses a la guerra contra Estados Unidos en 1941 se desvía de un "modelo ideal". Para ello es necesario definir los criterios constitutivos de la "coordinada cero" que servirá de pauta para el análisis, es decir, los elementos *presentes* y *ausentes* en la discusión que, *idealmente*, deberían formar parte de un proceso "racional" de decisión. He seleccionado los siguientes:

- Alternativa de abandonar los fines políticos.
- Discusión sobre disparidad de poder respecto a Estados Unidos y dificultades de una "gran guerra".
- Probable duración de la guerra.
- El momento oportuno para iniciar las hostilidades.
- Consecuencias probables de una derrota.
- Costos (humanos y materiales) del conflicto.

Además, se considerarán otros aspectos de especial importancia en este contexto:

- Relación entre la diplomacia y los preparativos militares.
- Relación guerra-política y "punto de vista puramente militar".
- Influencia de analogías históricas y factores culturales.
- Posiciones divergentes de los distintos servicios militares.

3.2 Análisis de los contenidos del proceso de decisión

3.2.1. La alternativa de abandonar los fines políticos

LA GUERRA ES UN INSTRUMENTO DE LA POLÍTICA, y son los fines políticos —conquista, lucha contra la agresión y por la supervivencia, logros territoriales y económicos, influencia sobre otros Estados, u otros— los que deben determinar el empleo del medio militar. Se va a la guerra para obtener una paz mejor o bien para preservar la situación existente antes del inicio del conflicto bélico. Ir a la guerra para ampliarla interminablemente y sin perspectivas de paz carece de sentido. A veces, hacer la paz resulta extremadamente difícil, ya sea porque ello requiera el abandono de fines por los cuales se continúa pidiendo a los hombres que mueran (como ocurrió a los líderes alemanes en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial), o porque *no hacer* la guerra implique dejar de lado una política que se ha venido sosteniendo por años, que ha exigido grandes sacrificios y en la cual un gobierno y un pueblo han empeñado su prestigio y "orgullo nacional". Esto último ocurría con Japón en 1941. Como demuestran conclusivamente los debates de los decisores japoneses de ese tiempo, todos compartían los mismos valo-

res básicos; dirigentes civiles y militares favorecían la creación de la "Esfera de Coprosperidad del Asia Oriental" (bajo el dominio japonés) y creían que ello contribuiría al afianzamiento de la paz mundial. Todos consideraban que la oposición norteamericana a ese proyecto y al expansionismo japonés en general amenazaba intereses vitales de la nación, y sus desacuerdos tenían que ver esencialmente con cuestiones de oportunidad y métodos, no de principios fundamentales.

Para los dirigentes japoneses no era un secreto que la continuación de la política expansionista en la zona del Pacífico y Asia acrecentaría cada vez más la resistencia de otros países, lo cual significaba riesgos; pero en general todos pensaban que era preferible aceptar los riesgos antes que abandonar los fines y tolerar el status quo. Desde luego, había algunos más dispuestos a arriesgarse que otros. El Emperador, por ejemplo, si bien puede asumirse que compartía los lineamientos centrales de la política nacional, siempre se inclinó a favor de la cautela, y utilizó su considerable influencia —hasta donde la tradición se lo permitía— para moderar a los más radicales y presionar hacia la búsqueda de una solución diplomática. Para entonces la posición del Emperador en la política japonesa era un tanto ambigua. En teoría su poder era supremo, todas las decisiones de Estado debían recibir su aprobación; mas en la práctica y según la tradición, una vez que el Gabinete y los jefes militares hubiesen acordado un curso de acción, el Emperador no podía negar su visto bueno ya que debía permanecer por encima de rivalidades parciales y de consideraciones de partido, representando a la nación entera. No obstante, su influencia era enorme y podía aconsejar, advertir y recriminar sin verse envuelto en forma directa en las decisiones. Además, su status especial, que para muchos le acercaba al de una divinidad, implicaba que todos los japoneses estaban comprometidos a servirle hasta la muerte de ser necesario, lo cual lo investía con un extraordinario "poder espiritual".

Hacia mediados de 1941 tres alternativas se perfilaban claramente ante los líderes japoneses: a) Una política de extrema cautela, que confiase casi exclusivamente en la diplomacia para un "arreglo" con Estados Unidos, aun a expensas de serias dificultades económicas y políticas a nivel interno. b) Iniciar sin demora las hostilidades, y asumir todos los riesgos. c) Proseguir los esfuerzos diplomáticos y al mismo tiempo completar a fondo los preparativos militares, para ir a la guerra en caso de que fracasasen las negociaciones. El plan "a" no recibió mayor consideración; para la mayoría, adoptarlo significaba el suicidio nacional. La alternativa "b" tenía notable apoyo militar; se argumentaba que seguir en el camino diplomático solo favorecería los intereses norteamericanos, y que desde el punto de vista operacional lo mejor y más efectivo sería ir a la guerra cuanto antes. La alternativa "c" representaba un compromiso entre "a" y "b"; la misma recibió un significativo respaldo en la crucial "Conferencia Imperial" celebrada el 6 de septiembre de 1941. En esa oportunidad, Hara Yoshimichi, Presidente del Consejo Privado (un grupo de personalidades que asesoraba al Emperador Hirohito), refiriéndose —en nombre del Emperador— a un documento presentado en la reunión apuntó que: "Cuando reviso (los contenidos del documento) observo que se sugiere que nos preparemos para la

22 / H. Simon: "El Comportamiento Administrativo", *ob. cit.*, pág. 79.

guerra y prosigamos la actividad diplomática simultáneamente en los intereses de la defensa y la autopreservación. Me parece que está implícita la determinación de comenzar las hostilidades; hay pasajes que sugieren que no será posible evitar la guerra, pero que trataremos de resolver el asunto por medios diplomáticos... El documento parece sugerir que la guerra viene primero y la diplomacia después, pero yo interpreto que lo que se quiere decir es que no ahorraremos ningún esfuerzo diplomático, y sólo iremos a la guerra en caso de no hallar otra solución"²³. De hecho, los materiales de referencia contenían pasajes como éste: "...la política de Estados Unidos hacia Japón está basada en la idea de preservar el status quo. Para dominar el mundo y defender la democracia, esa política quiere impedir el crecimiento de nuestro Imperio en Asia Oriental. En tales circunstancias, debe señalarse que las políticas de Estados Unidos y Japón son mutuamente incompatibles; es históricamente inevitable que el conflicto entre los dos países... conduzca en última instancia a la guerra"²⁴. La preocupación de Hara provenía del carácter radical de las propuestas sometidas a la Conferencia Imperial, en las que se establecía un límite definitivo al proceso diplomático (10 de octubre). Oikawa, Ministro de la Marina, respondió que la interpretación de Hara coincidía plenamente con sus sentimientos al redactar la propuesta; pero Hara insistió en que persistía la impresión de que se tomaría el camino de la guerra en lugar de la diplomacia: "¿Van ustedes realmente a colocar el énfasis en la diplomacia? Desearía escuchar la opinión del Gobierno (ministros civiles) así como la del Comando Supremo (militar)". En medio de la tensa atmósfera, el Emperador, rompiendo la tradición, se dirigió a los presentes y dijo: "¿Por qué no responden?". Oikawa, sorprendido y atemorizado como todos, se levantó a reiterar que "Comenzaremos las preparaciones de guerra, pero por supuesto nos esforzaremos en negociar". Los jefes del ejército, Nagano y Sugiyama, no se pronunciaron; entonces, el Emperador expresó: "Lamento que el Comando Supremo no tenga nada que decir"; luego extrajo un pedazo de papel de su bolsillo y leyó un poema que había sido escrito por su abuelo, el Emperador Meiji:

"Todos los mares, en todas partes
son hermanos unos con otros
¿Por qué entonces los vientos y las olas de la lucha
se desatan con tal violencia en el mundo?"²⁵

Esta extraordinaria escena hizo ver a los presentes el deseo del Emperador de evitar en lo posible la guerra, y los jefes militares no pudieron sino manifestar que ellos también colocaban el énfasis en la diplomacia. A pesar de todo, la decisión de comenzar la guerra el 10 de octubre si las negociaciones no tenían éxito había sido aprobada, pero la actitud de Hirohito dio al Primer Ministro Konoye nuevos bríos para intentar un arreglo pacífico con Estados Unidos. En tal sentido, poco después de la Conferencia Im-

perial, Konoye se reunió con el Embajador norteamericano Grew, y le comunicó que los "cuatro principios" establecidos como condiciones de paz por el secretario de Estado Cordell Hull eran "en general aceptables" (1. Respeto por la integridad territorial y soberanía de cada país. 2. Apoyo al principio de no interferencia en los asuntos internos de otras naciones. 3. Apoyar al principio de igualdad, incluyendo igualdad de oportunidades comerciales. 4. Respeto por el status quo en la zona del Pacífico, excepto en los casos en que su alteración no exija el empleo de medios violentos). Konoye insistió en la importancia de entrevistarse con Roosevelt, y aseguró a Grew que estaba dispuesto a correr cualquier riesgo para superar las diferencias entre los dos países. Además de aceptar los "cuatro principios" y comprometerse a abandonar Indochina, los japoneses ofrecieron no tomar acciones militares contra regiones al sur del Japón y retirar sus tropas de China una vez alcanzada la paz. Como contrapartida, los norteamericanos deberían suspender las medidas económicas contra Japón y sus propias acciones militares en el Lejano Oriente y área del Pacífico.

Hull sólo respondió el 2 de octubre. Afirmó que acogía con satisfacción la idea de una reunión de alto nivel así como la aceptación japonesa de los "cuatro principios", pero rechazó las propuestas japonesas exigiendo el retiro inmediato de las tropas extranjeras de China. La reunión cumbre tendría que esperar hasta que se lograra "coincidir previamente en ciertos puntos esenciales". El 17 de octubre Tojo, Ministro de Guerra, sucedió a Konoye como Primer Ministro, con instrucciones del Emperador de "hacer un estudio detallado de las condiciones domésticas e internacionales, sin tomar en cuenta la decisión tomada el 6 de septiembre". Nunca antes un Emperador había rescindido una decisión de la Conferencia Imperial, y para Tojo ello significaba "empezar de nuevo".

En una crucial conferencia realizada entre el 1o. y 2 de noviembre, los dirigentes japoneses decidieron sobre dos "paquetes" de proposiciones a ser presentadas al gobierno norteamericano. Según la "propuesta A", Japón aceptaba retirar sus tropas de China, incluyendo aquellas requeridas allí como "defensa contra el comunismo", para el año 1966. Según la "propuesta B" que sería presentada en caso de rechazo de la anterior, Japón se comprometía a no llevar a cabo acciones agresivas hacia el sudeste asiático y el Pacífico sur, y a retirar sus tropas de Indochina una vez que se lograra la paz en China y no alcanzase un arreglo en toda la zona del Pacífico. Entretanto Japón movería sus tropas desde el sur al norte de Indochina; los dos países cooperarían para obtener las materias primas que cada cual requiriese en las Indias Neerlandesas, y Estados Unidos aseguraría la venta de un millón de toneladas anuales de combustible para aviones al Japón. Además, el gobierno norteamericano se comprometería a no obstaculizar la restauración de la paz entre Japón y China, lo que de hecho significaba suspender la ayuda a Chiang Kai-shek. El 7 de noviembre el Embajador japonés en Washington entregó a Hull, y luego hizo del conocimiento de Roosevelt, la "propuesta A". En vista de la tardanza norteamericana en dar una respuesta, el Ministro japonés de Relaciones Exteriores, Togo Shigenori, instruyó a su Embajador el 20 de noviembre para que presentase la "propuesta B". Hull la interpretó como un "ultimatum", en especial lo referente a la suspensión de ayuda a China y el 26 de noviembre el gobierno norteamericano res-

23 / Nabutaka Ike (ed.) *Japan's Decision for War: Records of the 1941 Policy Conferences*, Stanford University Press, 1941, pág. 149.

24 / *Ibid.*, pág. 152.

25 / Véase: John Toland: *The Rising Sun*, Random House, N. Y., 1970, págs. 125-126.

pondió con una nota en la cual exigía al Japón “retirar todas las fuerzas terrestres, navales, aéreas y policiales de China e Indochina”, no dar apoyo a otro gobierno chino excepto al de Chiang Kai-shek, abrogar el “Pacto Tripartito”. Los dirigentes japoneses conocieron la respuesta estadounidense el día 27, y la tomaron como el factor que ponía punto final a los esfuerzos diplomáticos. Diez días después se producía el ataque a Pearl Harbour.

Como afirma Robert Butow, el rechazo japonés a retirar sus tropas de China e Indochina “puede fácilmente entenderse en términos de que tal retirada implicaba que los fines políticos del Japón habían estado errados y eran agresivos”²⁶. Los dirigentes japoneses no estaban preparados ni dispuestos a abandonar esos fines, y así lo había expresado el Subjefe de Estado Mayor del Ejército, Tsukada, en una intervención en la conferencia del 10. de noviembre: “En general, las perspectivas si vamos a la guerra no son brillantes... Por otra parte, no es posible mantener el status quo. De allí que, inevitablemente, uno tenga que alcanzar la conclusión de que debemos ir a la guerra”²⁷. Japón no iba a sacrificar sus aspiraciones en Asia, como lo corroboró Hara en la conferencia del 12 de noviembre: “Si entramos en una guerra prolongada habrá dificultades... La primera fase de la guerra no será difícil, pero tenemos dudas sobre una guerra prolongada. ¿Más cómo podemos permitir que Estados Unidos haga lo que quiera, aun existiendo tales dudas?”²⁸. Dada esta postura, queda claro que los dirigentes japoneses tenían al menos un orden definido de preferencias: consideraban preferible la guerra a la aceptación del status quo y el creciente dominio norteamericano en Asia. Era entonces necesario discutir en qué términos se planteaba la guerra.

3.2.2 *Discusión sobre disparidad de poder frente a Estados Unidos. Dificultades de una “gran guerra”*

VARIOS SIGLOS ANTES DE CRISTO, el gran estratega militar chino Sun Tzu escribió lo siguiente:

“Conoce al enemigo y a ti mismo, y no tendrás peligro en cien batallas.
Cuando eres ignorante respecto al enemigo pero te conoces a ti mismo, tus chances de ganar o perder son iguales.
Si eres ignorante sobre ti mismo y sobre el enemigo puedes estar seguro de peligrar en todas las batallas”²⁹.

Ya que los dirigentes japoneses no estaban dispuestos a abandonar sus fines políticos, ni siquiera a comprometerlos en alguna forma que pudiese parecer sustancial, tenían que planificar seriamente para la guerra, lo cual exigía un cuidadoso estudio de las potencialidades del Japón y de sus adversarios, en particular los Estados Unidos. No obstante, el análisis de las discusiones realizadas por el Gabinete y Alto Mando japoneses revela que algunas de las preguntas claves sobre potencial para la guerra de ambos

bandos, o bien no fueron hechas o bien fueron respondidas de manera insatisfactoria, y a medida que se vislumbraba con mayor claridad la disparidad de poder entre el Japón y su principal contrincante se acentuaba la tendencia a confiar en factores psicológicos, en la presunta superioridad moral de los japoneses, o en una victoria temprana que desconcertase al adversario y le condujese a cesar la guerra.

Por ejemplo, no existen documentos o testimonios que muestren si se alcanzaron algunas conclusiones sobre las requisiciones de barcos y las posibles pérdidas a ser sostenidas durante los primeros dos o tres años de guerra. Hasta se ha sugerido que el asunto no fue estudiado o que las investigaciones finalizaron demasiado tarde para tener alguna utilidad práctica. Sobre el mantenimiento de transportes para usos civiles y el suministro de artículos de consumo corriente, el General Suzuki, Presidente del Comité de Planeación, estableció que con una capacidad de 3 millones de toneladas en transporte marítimo sería posible, con la excepción de ciertos artículos, mantener el suministro considerado necesario. Si las pérdidas llegaban a una cifra de entre 800.000 a 1 millón de toneladas (buques hundidos o averiados) y si la tasa de construcción y reemplazo llegaba a 600.000 toneladas anuales, se lograría preservar la cantidad de 3 millones señalada como mínimo para transporte de bienes básicos. La pregunta obvia sobre qué ocurriría si las pérdidas eran mayores a las previstas o disminuía la tasa de reemplazo parece no haber sido ni siquiera formulada. De hecho, las proyecciones fueron trastocadas por la realidad. En el caso de la Armada, se esperaban pérdidas de 1 millón de toneladas en el primer año de guerra y 800.000 toneladas en cada uno de los años siguientes; sin embargo, la Marina de Guerra japonesa sostuvo pérdidas de 1.250.000 toneladas el primer año, 2.560.000 el segundo y 3.480.000 el tercero, muy superiores a lo calculado. Con respecto a la capacidad financiera del Japón para sostener una guerra de las proporciones que se contemplaban, los responsables explicaron que sería posible asumir tales requerimientos en tanto se mantuviese un suministro adecuado de materiales para uso militar. Ahora bien, nadie se atrevió a profundizar el problema y buscar respuestas precisas a las interrogantes: ¿qué constituye un “suministro adecuado” y cuáles son las probabilidades de asegurarlo?³⁰

En una conferencia del 10. de julio de 1941, Kobayashi, Ministro de Comercio e Industria, apuntó lo siguiente: “No creo que tengamos suficiente fortaleza, en lo que respecta a recursos, para soportar una guerra. Tanto el ejército como la armada pueden recurrir a la fuerza, pero no tenemos materiales suficientes para hacer la guerra en tierra y mar a la vez. El ejército se movilizará rápidamente; la marina también hará preparativos; nos veremos obligados a hacer requisiciones de buques, y entonces no seremos capaces de transportar materiales indispensables. Todo esto afectará seriamente la expansión de nuestra capacidad y el aprovisionamiento de armamentos... El imperio no tiene los materiales”³¹. Las observaciones de Kobayashi no

26/ R. J. C. Butow: *Tojo and the Coming of the War*, Stanford University Press, 1961, pág. 340.

27/ N. Ike, *ob. cit.*, pág. 207.

28/ *Ibid.*, pág. 238.

29/ Sun Tzu: *The Art of War*, Oxford University Press, 1977, pág. 84.

30/ Véase: R. J. C. Butow, *ob. cit.*, pág. 316-317.

31/ N. Ike: *ob. cit.*, pág. 76.

produjeron mayor impresión; Suzuki hizo algunas referencias a la obtención de materiales y pidió al Alto Mando que estudiase el asunto. Se esperó hasta octubre para debatir de nuevo el problema de los recursos económicos y la capacidad japonesa de hacer la guerra, especialmente en términos de materiales claves como petróleo y acero. En tal sentido, varios hechos ineludibles confrontaban a los encargados de tomar las decisiones. La capacidad norteamericana de producción de acero era 13 veces superior a la del Japón, y no se podían satisfacer los requerimientos de construcción de buques. Con relación al petróleo, hasta 1940 los japoneses habían cubierto 60% de sus necesidades con importaciones desde Estados Unidos, pero este flujo había cesado en julio de 1941; a pesar de los esfuerzos de almacenaje y creación de reservas, las existencias no durarían más de 18 meses en condiciones normales.

Ahora bien, uno de los problemas fundamentales que enfrentaban los planificadores en el Gabinete derivaba de las limitaciones de acceso a la información impuestas por las fuerzas armadas, que hacían uso de su gran libertad de acción para cerrar los canales de indagación a otros sectores. El propio Suzuki, a pesar de ser oficial superior del ejército, no pudo obtener información sobre el petróleo almacenado por las fuerzas armadas hasta octubre del 41 (dos meses antes de comenzar la guerra). Togo, Ministro del Exterior, se quejó de este absurdo mucho más tarde, cuando ya nada se podía hacer: "Estaba asombrado por la carencia de datos estadísticos para un estudio de esa naturaleza; más aún, resentía agudamente el absurdo de basar nuestras deliberaciones en simples suposiciones, ya que el Alto Mando rehusaba divulgar cifras sobre nuestras fuerzas o cualquier cosa que tuviese que ver con operaciones militares"³².

El 27 de octubre prosiguió en el seno del Gabinete, con participación de los comandantes militares, el análisis del problema de recursos materiales para hacer la guerra. La información que empezaba a ensamblarse no podía sino inducir al pesimismo; sin embargo, el ejército continuaba incrementando sus fuerzas en Manchuria para una eventual guerra... ¿contra la URSS! El Alto Mando no estaba satisfecho, pero Sugiyama, Jefe del Estado Mayor del Ejército argumentó que "la deficiencia de materiales puede ser superada aprovechando cambios en la situación y mediante una hábil estrategia"³³. Al día siguiente Kaya, Ministro de Finanzas, preguntó explícitamente: "Supongamos, por un lado, que hay guerra y, por otro lado, que no la hay: ¿qué sería lo mejor, en términos del suministro de materiales?"³⁴. Su interrogante no fue respondido en forma directa, pero el debate subsiguiente indicó que la situación, en ambos casos, era mala.

En la Conferencia Imperial del 5 de noviembre Suzuki retomó la inquietud de Kaya, y dijo esto: "En vista de que las posibilidades de victoria en las etapas iniciales de la guerra son suficientemente altas, estoy convencido de que debemos aprovechar esa ventaja y dirigir la elevada moral del pueblo... hacia una mayor producción y una disminución del consumo... esto es preferible a sentarse y esperar que el enemigo nos presione". Hara, sin

32 / Citado por Ike: *ob. cit.*, pág. 188.

33 / *Ibid.*, pág. 192.

34 / *Ibid.*, pág. 195.

embargo, insistió en que: "Los estadistas deben considerar muy seriamente la sabiduría de hacer la guerra contra un gran poder como Estados Unidos, sin que haya finalizado aún el conflicto con China"³⁵. Los datos existentes indicaban alarmantes diferencias en el potencial de guerra japonés respecto al norteamericano: en acero la desproporción era de 20 a 1; en petróleo más de 100 a 1; en carbón 10 a 1; en aviones 5 a 1; en barcos 2 a 1; y en fuerza de trabajo 5 a 1. Desde luego, la guerra no se decide únicamente por factores cuantitativos; también hay que tomar en cuenta los aspectos cualitativos: la moral de las tropas y de la población, la calidad de los equipos, planes y doctrinas estratégicas, etc. Las disparidades entre el potencial de guerra japonés y el de su principal contendiente llevaban forzosamente a colocar el énfasis en estos factores cualitativos, y a confiar en que un uso adecuado de los mismos conduciría a la victoria.

Mas las dudas persistían, y llegaban al propio Emperador. Este había recibido el 31 de julio al Jefe del Estado Mayor Naval, Almirante Nagano. En esa ocasión, el alto oficial dijo primeramente que su deseo era evitar la guerra y que ello podía lograrse mediante la revocación del Pacto Tripartito, el cual siempre había sido considerado por la armada como un grave obstáculo a la paz con Estados Unidos. Posteriormente, en la misma entrevista, Nagano advirtió que las reservas de petróleo del Japón durarían sólo dos años y en caso de guerra, 18 meses. "En tales circunstancias —dijo Nagano, en evidente contradicción con su planteamiento anterior— es mejor tomar la iniciativa. Nosotros ganaremos". En solamente un párrafo, Nagano había hablado de paz, pretendido librar a la marina de responsabilidad por las crecientes tensiones con Estados Unidos, sugerido la guerra y profetizado una victoria. Sus palabras revelaban la confusión imperante aún entre los militares. El Emperador intervino y preguntó: "¿Ganaremos una gran victoria, como la batalla de Tsushima?" (que decidió en 1905 la guerra ruso-japonesa). "Lo siento, dijo Nagano, pero eso no será posible". "Entonces, replicó el Emperador, la guerra será desesperada"³⁶.

Habiendo descartado la alternativa de abandonar los fines políticos expansionistas, y ante la dura realidad del desequilibrio entre el poderío bélico del Japón y el de sus enemigos, sólo quedaba una opción a los dirigentes japoneses: planificar un tipo de guerra que posibilitase una victoria limitada pero satisfactoria. Los imponderables eran muchos; no obstante, como había expresado Sun Tzu: "La victoria puede ser creada, pues aun si el enemigo es numeroso, puedo impedirle que entre en combate"³⁷. Esta era en el fondo la esperanza de los japoneses, y su mayor expectativa de victoria.

3.2.3. Definición y expectativas de victoria

LA DEFINICION DE LA VICTORIA ES POLITICA, y los dirigentes japoneses hasta cierto punto lo entendieron así. Nadie pensó que era posible aplastar militarmente a Estados Unidos, invadir y ocupar el territorio norteamericano

35 / *Ibid.*, págs. 220, 236.

36 / Véase: J. Toland, *ob. cit.*, págs. 108-109.

37 / Sun Tzu: *ob. cit.*, p. 100.

y obligar a su gobierno a rendirse. La mayor esperanza era lograr que los norteamericanos, enfrentados a una victoria alemana en Europa y sin entusiasmo ante otra guerra en el Pacífico, aceptasen una paz negociada que permitiese al Japón convertirse en el poder dominante en Asia. Existe evidencia que indica que los japoneses esperaban contar con la ayuda de algún país latinoamericano, Suiza, Portugal y el Vaticano para actuar como mediador en las negociaciones. Desde luego, como señala Ike, “había muchos imponderables en el proyecto. Los norteamericanos no necesariamente tenían que cansarse de la guerra; Alemania podía no ganar en Europa; otros países podían no estar dispuestos a actuar como mediadores. Sin embargo, los líderes japoneses no se dejaron disuadir por tales incertidumbres pues estaban preparados para asumir grandes riesgos”³⁸.

En su ensayo sobre la estrategia norteamericana en la Segunda Guerra Mundial, Kent Roberts Greenfield explica con claridad en qué consistían las expectativas de victoria japonesas: “Su gobierno había planificado cuidadosamente una guerra *limitada* contra Estados Unidos. En vista de nuestra falta de preparación, de nuestras ansiedades respecto a Europa, y del hecho de que las garras alemanas se afincaban en la garganta de Rusia, los japoneses creyeron que podían asegurar su supremacía en Asia, y que nosotros aceptaríamos un hecho cumplido... Nuestra decisión estratégica inicial de hacer una guerra de *contención* en el Pacífico hasta derrotar a Alemania en Europa pareció confirmar los planes del Japón; pero muy pronto chocaron contra nuestra determinación de no hacer el juego de la guerra en sus propios términos”³⁹. A través de una serie de rudos golpes iniciales, los japoneses esperaban conquistar áreas vitales y crear así una estructura de autosuficiencia, una posición impregnable que hiciese comprender a Estados Unidos la inutilidad de proseguir la lucha. Este plan, de hecho, se asemejaba mucho a los lineamientos de guerra seguidos sin éxito por Japón contra China: Con base en una serie de triunfos iniciales y la amenaza de acciones más amplias y decisivas, Japón buscaría una “reconsideración” de la situación por parte de Estados Unidos; mas —como lo expresa Butow— “poco se pensó en las políticas que debían adoptarse en caso de que los desarrollos futuros no correspondiesen a las estimaciones. Los líderes japoneses hablaban sólo de victoria... La conclusión de las principales operaciones japonesas en el sur —pensaban— crearía una oportunidad para restaurar la paz. Una victoria similar en China... o desarrollos favorables en la guerra europea... servirían también a ese propósito. Si bien era natural, en las circunstancias, hacer tales proyectos, su efecto sobre los que los formulaban era el mismo que si Japón, en noviembre de 1941, ya hubiese peleado y ganado la guerra”⁴⁰.

Los dirigentes japoneses confiaban, en general, en que una política agresiva e intransigente era preferible a una política de conciliación; no obstante, en la Conferencia Imperial del 19 de septiembre de 1940, Hara manifestó lo siguiente: “Estados Unidos es una nación llena de confianza

en sí misma. Me pregunto, por lo tanto, si una postura firme de nuestra parte podría producir un resultado muy diferente al que esperamos”. Ante esto, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores Matsuoka respondió: “Japón no es España. Somos un gran poder con una armada poderosa... Desde luego, Estados Unidos puede adoptar una actitud severa por un tiempo, pero pienso que pronto considerará desapasionadamente sus intereses y llegará a una posición razonable. En cuanto a los chances de que los norteamericanos produzcan una situación crítica o más bien reconsideren su actitud, yo diría que son de cincuenta y cincuenta”⁴¹.

Un año más tarde, en la importante conferencia celebrada el 6 de septiembre, los dirigentes japoneses discutieron de nuevo las posibilidades de obtener una victoria limitada frente a Estados Unidos y forzarle a negociar. En esa ocasión se habló con franqueza sobre los riesgos existentes, y se dijo que no había una garantía de triunfo; al final, sin embargo, el debate se centró en torno al argumento de que “no se presentará una mejor oportunidad, es preferible actuar ahora”. Como lo manifestó el Almirante Nagano: “Nuestro Imperio no tiene los medios de tomar la ofensiva, superar al enemigo y hacerle abandonar su voluntad de lucha. Más aún, nuestros recursos domésticos son escasos, por ello quisiéramos evitar una guerra prolongada. No obstante, si entramos en una guerra larga, la mejor manera de asegurar una salida airosa es capturar áreas militares importantes y fuentes de materiales del enemigo rápidamente al comienzo del conflicto... Si esta primera etapa de operaciones tiene éxito... nuestro imperio habrá establecido una posición impregnable y echará las bases para una guerra de larga duración... Por ello el resultado de una guerra prolongada está estrechamente conectado al éxito o fracaso de la primera etapa de nuestras operaciones. Las condiciones esenciales que nos dan una posibilidad de triunfar en esta etapa son: primero, decidir rápidamente el comienzo de hostilidades; segundo, tomar la iniciativa antes que el enemigo; tercero, considerar las circunstancias meteorológicas en el área de acción para facilitar nuestros movimientos”⁴². El General Sugiyama respaldó a Nagano y sostuvo que en vista de la situación de las fuerzas, la decisión de ir a la guerra debía tomarse a más tardar durante los primeros diez días del mes de octubre. Nagano había dicho que “lo que ocurra después (de la primera fase) dependerá en gran medida de la totalidad del poder nacional —incluyendo varios elementos, tangibles e intangibles—, y de los desarrollos en la situación mundial”. Palabras confusas y oscuras, en vista del enorme riesgo al que se hacía referencia. Como comenta Fred Charles Iklé: los dirigentes japoneses no habían olvidado que la guerra que iban a comenzar debía tener un fin; la pregunta flotaba en el ambiente, pero simplemente carecían de respuestas⁴³. En un memorando especialmente preparado por los jefes militares para esa reunión se encuentra un pasaje muy significativo, que intentaba explícitamente responder a la pregunta “¿Cuáles son las perspectivas de guerra contra Gran Bretaña y Estados Unidos?; en particular, ¿cómo terminaremos la guerra?”.

38 / N. Ike, *ob. cit.*, pág. XXV.

39 / K. Roberts Greenfield: *American Strategy in World War II*, The John Hopkins Press, Baltimore, 1973, pág. 11.

40 / R. J. C. Butow, *ob. cit.*, pág. 330.

41 / N. Ike, *ob. cit.*, pág. 12.

42 / *Ibid.*, págs. 139-140.

43 / F. Ch. Iklé, *ob. cit.*, pág. 3.

Los militares se respondieron a sí mismos de esta forma: "Una guerra contra Gran Bretaña y Estados Unidos será larga... Es muy difícil predecir la terminación de una guerra, y no es posible esperar que los Estados Unidos se rindan. Sin embargo, *no podemos excluir la posibilidad* de que la guerra finalice debido a un gran cambio en la opinión pública norteamericana... En todo caso, debemos ser capaces de establecer una posición invencible... Entre tanto, *podemos tener esperanza en que seremos capaces de influenciar el curso de los eventos y llevar la guerra a un fin*". (Subrayado A.R.)⁴⁴.

Los riesgos que estaban dispuestos a correr los líderes japoneses eran muy altos, al punto que en una conferencia del 24 y 25 de octubre de 1941 se llegó a afirmar que si la guerra se prolongaba, no era descartable una confrontación adicional contra la Unión Soviética. En la conferencia del 10 de noviembre, el subjefe del Estado Mayor del Ejército, General Tsukada, manifestó que: "En líneas generales nuestras perspectivas de guerra no son brillantes... Nadie está dispuesto a decir: "No se preocupen; aún si la guerra es prolongada, yo asumiré toda la responsabilidad". Por otra parte, no es posible mantener el *status quo*; de aquí que inevitablemente se llega a la conclusión de que debemos ir a la guerra... Cuando se nos pregunta qué pasará de ahora a cinco años en el campo militar, político o diplomático es natural que no sepamos"⁴⁵. El 5 de noviembre, el jefe de Estado Mayor, General Sugiyama, dijo que "debemos estar preparados ante la probabilidad de que la guerra sea prolongada; pero en vista de que vamos a capturar bases enemigas y que seremos capaces de establecer una posición estratégica impregnable, *pienso que podremos frustrar los planes enemigos de una forma u otra*"⁴⁶. (Subrayado A.R.). El planteamiento del alto jefe militar era superficial y poco responsable; no solo dejaba en el aire el problema de la estrategia japonesa para una guerra prolongada, sino que tampoco especificaba cuáles eran los "planes enemigos".

El debate sobre las expectativas de victoria culminó el 10 de diciembre de 1941, cuando los dirigentes japoneses, en una Conferencia Imperial ante Hirohito, formalizaron la decisión de ir a la guerra. En esta oportunidad Hara, un hombre de notable inteligencia y muy respetado por su sensatez, hizo la intervención final y pronunció unas palabras que resumen todas las contradicciones e incertidumbres de la decisión japonesa. Dijo Hara: "No podemos esta vez evitar una guerra larga, pero creo que *de alguna manera debemos superar esto y lograr un arreglo rápido*. Para hacerlo, *debemos empezar desde ahora a pensar cómo terminar la guerra*". (Subrayado A.R.)⁴⁷. Es decir, en el momento mismo en que se sancionaba finalmente la decisión de *comenzar* la guerra (solo seis días después los aviones japoneses descenderían sobre Pearl Harbour), los líderes del Japón se planteaban la necesidad de pensar en cómo *terminarla*.

44 / N. Ike: *ob. cit.*, pág. 153.

45 / *Ibid.*, pág. 207.

46 / *Ibid.*, pág. 226.

47 / *Ibid.*, pág. 282.

3.2.4. Probable duración de la guerra

DADAS LAS CONDICIONES en que se planificaba la guerra, la pregunta sobre su duración era extremadamente importante para los dirigentes japoneses. La disparidad de recursos militares y económicos entre Japón y Estados Unidos hacía que una guerra larga y de desgaste fuese la peor de las alternativas posibles. Tres fueron las perspectivas discutidas, sin mayor detalle, por los jefes militares y líderes civiles del Japón: a) Una guerra prolongada que no empezase con victorias decisivas. b) Una guerra prolongada que comenzase con una o varias victorias claves para las armas japonesas. c) Una guerra de corta duración, caracterizada por un conjunto de golpes devastadores sobre el poder norteamericano en el Pacífico que llevasen a Estados Unidos a hacer la paz. La tercera opción ofrecía las mayores ventajas; la primera las mayores dificultades.

Los intercambios más cruciales sobre este tema se produjeron entre el 3 y el 6 de septiembre de 1941, y en ellos participaron los más altos dirigentes civiles y militares y el propio Emperador. En la reunión ministerial del 3 de septiembre el jefe del Estado Mayor Naval, Almirante Nagano, hizo el siguiente planteamiento: "En última instancia, si no hay esperanza para la diplomacia, y si la guerra no puede evitarse, es esencial que tomemos prontamente una decisión. Si bien confío que actualmente tenemos posibilidad de ganar una guerra, temo que esta oportunidad desaparecerá a medida que pase el tiempo. En cuanto a la guerra, la Marina piensa en términos tanto de un conflicto corto como de uno largo. Pienso que será probablemente una guerra larga y debemos prepararnos para ella. Depositamos nuestra esperanza en que el enemigo se lance a un enfrentamiento rápido; en ese caso habrá un choque decisivo en aguas próximas y anticipo que tendremos buena posibilidad de obtener la victoria. Pero no creo que la guerra *terminaría* con eso; *sería* una larga guerra. Con relación a esto, pienso que deberíamos sacar provecho de una victoria inicial para poder aguantar una guerra larga. Si por el contrario vamos a este conflicto sin ganar una victoria inicial decisiva, estaremos en dificultades, ya que nuestros recursos se agotarán"⁴⁸. (Subrayado A.R.). En vista de la proximidad del estallido del conflicto (y el Jefe del Estado Mayor Naval conocía cuán avanzados se encontraban los preparativos), la intervención de Nagano demuestra una sorprendente falta de seguridad. Ello quedó aún más claro en una reunión realizada el 5 de septiembre del 41 entre Nagano, el General Sugiyama, el Primer Ministro Kono y el Emperador Hirohito. Durante la audiencia el Emperador preguntó a Sugiyama cuánto tiempo tomaría a las Fuerzas Armadas dar fin a la guerra contra Estados Unidos. Sugiyama respondió que las operaciones en el sur del Pacífico (en Malaya y las Filipinas) serían concluidas en cinco meses. Hirohito dijo entonces: "¿Está usted seguro de que las cosas marcharán como han sido planificadas? ¿Cuando usted era Ministro de Guerra afirmó que Chiang Kai-shek sería vencido rápidamente y, sin embargo, todavía no ha

48 / *Ibid.*, pág. 131.

sido capaz de hacerlo!" Ante esto, Sugiyama expresó: "Pero es tan vasto el interior de China", e Hirohito replicó turbado y molesto: "Lo sé, pero el Océano Pacífico es mucho más vasto. ¿Cómo puede usted decir que terminará la guerra en cinco meses?"⁴⁹. Sugiyama trató de responder diciendo que la fortaleza del Japón disminuía gradualmente y que era necesario actuar cuanto antes aprovechando que el Imperio aún tenía poder. Se llegó a la conclusión de que debía seguirse otorgando prioridad a la diplomacia; no obstante, el hecho de haber establecido (en la Conferencia del día 3, previa a la audiencia con el Emperador) un tiempo límite a la decisión sobre paz y guerra (10 de octubre, la cual fue cambiada posteriormente), y de acelerar con ese propósito los preparativos militares, desequilibró el balance a favor de la salida bélica, como lo temía Hirohito. Así, en la Conferencia Ministerial del día 6 de septiembre, si bien se admitió que una guerra contra Estados Unidos traería graves peligros, y que no existía seguridad de victoria, el debate acabó centrándose en el argumento de que "no habrá otro momento mejor que el presente". En otras palabras, la discusión sobre el momento preciso para iniciar hostilidades ahogó el tema, mucho más importante, de si Japón debía asumir los riesgos de una gran guerra contra Estados Unidos y de cómo iba probablemente a finalizar el conflicto. De esta manera, la cuestión acerca de la probable duración de la guerra quedó oscura, y los planes para enfrentar una guerra prolongada, sujetos al éxito de operaciones iniciales ante las que se abrigan serias dudas.

3.2.5 Costos de la guerra y consecuencias probables de una derrota

ES SORPRENDENTE CONSTATAR, cuando se leen los documentos que contienen los más relevantes planteamientos de los planificadores japoneses, la muy escasa atención que prestaron al problema de los costos (humanos y materiales) que podría acarrear el conflicto y de las probables consecuencias de una derrota. Desde luego, se afirma con frecuencia que un cálculo de costos previo al inicio de un conflicto puede fácilmente convertirse en instrumento para fomentar actitudes derrotistas; de igual forma se dice que hablar de derrota es casi lo mismo que aceptarla. Esto puede ser cierto en determinadas circunstancias, a nivel emocional, pero definitivamente no es responsable como postura política frente a decisiones complejas y de graves implicaciones. Como con insistencia lo remarca Iklé, el "derrotismo" es tan reprobable y peligroso como el "aventurerismo" en la guerra; este término designa actitudes que pueden conducir a la destrucción del propio gobierno y país, "no por dar ayuda al enemigo, sino por hacer enemigos; no por luchar muy poco, sino por luchar mucho y por demasiado tiempo... La traición ayuda a nuestros adversarios haciéndolos más fuertes; el aventurerismo puede destruirnos haciéndolos más numerosos. La traición puede derrotarnos al reiterarnos ante el enemigo; el aventurerismo puede hacerlo al empujar nuestras fuerzas hasta que sean aplastadas en distantes batallas. La traición puede forzarnos a capitular por tratos secretos con el enemigo; el aventurerismo puede hacerlo al evitar hacer tratos oportunamente. La trai-

ción puede permitir al enemigo romper nuestras alianzas; el aventurerismo puede llevar a los aliados al desastre. Es difícil decir qué ha hundido mayor número de naciones en la tumba de la historia: el aventurerismo o la traición. El record es confuso, pues cuando los aventureros destruyen una nación usualmente culpan a los "traidores" por el desastre"⁵⁰. Esto se aplica a un intercambio entre Tojo (Ministro de Guerra) y Konoye (Primer Ministro) el 12 de octubre de 1941. Ante los llamados a una mayor cautela, Tojo respondió que "hay momentos cuando debemos tener el coraje de hacer cosas extraordinarias, como saltar con los ojos cerrados desde la baranda del templo Kiyomizo" (situado al borde de una alta colina en Kyoto). Konoye, con razón, replicó que eso era posible para individuos privados, pero "gente en posiciones responsables no debería pensar de esa manera"⁵¹.

Es demasiado fácil acusar de "derrotistas" a los que se preocupan de sopesar con sobriedad los costos probables de una guerra y de vislumbrar qué consecuencias podría traer una derrota. De allí que los dirigentes japoneses sólo hablasen de victoria y en ello jugaron papel importante factores culturales, la idea, hondamente enraizada en la tradición y cultura política japonesa, de que existe una "esencia nacional" que coloca al Japón en sitio aparte entre los países del mundo. Como lo afirmó el usualmente sereno Hara en la crucial Conferencia del 10. de diciembre de 1941: "Nuestra nación, gobernada por su magnífica esencia nacional («Kokutai»), es, desde un punto de vista espiritual, ciertamente insuperada en todo el mundo"⁵². Esta creencia, la cual eventualmente se transformó en fanatismo, influyó poderosamente la toma de decisiones por parte de civiles y militares japoneses, los cuales se convencieron, como expresó Tsukada el 10. de noviembre del 41, que al iniciarse la guerra, "el espíritu y moral del Japón, la Tierra de los Dioses, brillará"⁵³. Otro factor de índole cultural-sicológico que debe mencionarse es el *fatalismo*, según el cual los asuntos humanos están controlados por fuerzas superiores, luego el individuo no actúa como un agente verdaderamente libre y, por lo tanto, no puede ser responsable de sus acciones. Estas concepciones predominaban entre los líderes japoneses, y por supuesto, es mucho más fácil decidir ante la incertidumbre cuando se es fatalista en la forma descrita.

Cabe, por último, referirse a la influencia, acerca de la cual ya se habló someramente, de analogías históricas sobre la decisión japonesa. En un libro dedicado al estudio de este fenómeno en la política exterior norteamericana, Ernst May observa que los detentadores del poder "frecuentemente se ven influenciados por creencias acerca de lo que enseña o prefigura la historia y a veces perciben los problemas en términos de analogías con el pasado..."⁵⁴. No cabe duda que la memoria de lo ocurrido en la exitosa guerra con Rusia en 1905 estaba muy presente en la mente de los líderes japoneses en 1941. Si bien Japón había sido un "David" comparado con el gran "Go-

50 / F. Charles - Iklé: *ob. cit.*, págs. 61-62.

51 / J. Toland, *ob. cit.*, pág. 142.

52 / N. Ike: *ob. cit.*, pág. 282.

53 / *Ibid.*, pág. 207.

54 / E. R. May: *Lessons of the Past: The Use and Misuse of History in American Foreign Policy*, Oxford University Press, 1973, pág. ix.

49 / John Toland: *ob. cit.*, pág. 12.

liat" ruso, los japoneses fueron capaces de lograr importantes triunfos en las fases tempranas del conflicto. No obstante, a medida que la guerra proseguía, se empezaron a acentuar los signos de extenuación nacional por el esfuerzo realizado; por fortuna para el Japón, el Presidente norteamericano Theodore Roosevelt arregló un acuerdo entre los antagonistas antes de que la guerra cambiase de curso.

En suma, no solo no se discutió a fondo el problema de los posibles costos de la guerra, sino que también se actuó bajo la influencia de analogías históricas asimiladas a medias, llegándose finalmente, ante las evidentes disparidades de poder, a otorgar a los factores morales una relevancia fuera de toda proporción.

3.3. La "política burocrática" de los servicios militares

DE ACUERDO AL "MODELO DE RACIONALIDAD" los Estados van a la guerra provistos de un plan que articula sus esfuerzos políticos, económicos y militares con un conjunto de objetivos bien definidos y armonizados entre sí. No obstante, la experiencia práctica indica que con frecuencia los Estados no hacen la guerra sobre la base de ese gran cálculo de perspectivas y posibilidades, sino que diversas agencias, organizaciones e individuos compiten en formular la política general en función de intereses particulares. De acuerdo con este punto de vista, la guerra sirve diversos propósitos, que no se cumplen tan solo al culminar los combates sino también en el transcurso del conflicto, a través del esfuerzo de guerra mismo y de los preparativos de lucha: "La política burocrática supone no solo la multiplicidad de actores, sino también la multiplicidad de fines. Reflejando heterogeneidad valorativa e información incompleta, las discrepancias entre los fines se asocian tanto con intereses substantivos como con intereses posicionales. Por una parte, existen diferencias de perspectiva debidas a la especialización o al alcance de la responsabilidad del actor. Por otra parte, interviene el interés de consolidar la posición individual u organizacional en el mercado político"⁵⁵. (Subrayado A.R.).

En el caso bajo estudio, se pone de manifiesto la importancia de este "modelo burocrático", tanto con relación al "punto de vista puramente militar" adoptado en general por los representantes de los servicios armados japoneses, como con respecto a los cambios de actitud y ambigüedades en la posición de la Marina de Guerra especialmente, que reflejaban la dificultad de equilibrar sus intereses específicos con los fines que más podían convenir al país como un todo. En efecto, en caso de guerra, iba a corresponder a la Armada una gran parte de la responsabilidad operativa, y sus principales representantes en la toma de decisiones no llegaron a estar plenamente convencidos de la capacidad de la Marina para sostenerse y salir triunfante de una gran guerra. No obstante, en su competencia de prestigio y posiciones con el Ejército, la Armada no podía quedarse atrás, y esto condujo

a adoptar posturas poco claras a lo largo del proceso de decisión.

En un principio, al menos hasta los primeros meses de 1941, la Marina estuvo a favor de hacer los mayores esfuerzos para encontrarle una solución pacífica a la confrontación con Estados Unidos. En la Conferencia Imperial del 19 de septiembre de 1940, el Príncipe Fushimi (Jefe del Estado Mayor de la Armada hasta abril del 41) indicó (con relación a la alianza militar con Alemania e Italia) que: "(a) aun si esta alianza es establecida, deben tomarse todas las medidas posibles para evitar una guerra con Estados Unidos; (b) el avance hacia el sur debe ser intentado en lo posible con medios pacíficos... (c) el control de la prensa debe fortalecerse, la discusión abierta de este Pacto no debe permitirse y hay que contener comentarios dañinos contra Estados Unidos y Gran Bretaña"⁵⁶. Esta postura moderada de la Armada fue cambiando a medida que se acrecentaban las dificultades diplomáticas con Estados Unidos y aumentaban el fervor nacionalista del país y la belicosidad en las filas del Ejército. Por otra parte, los preparativos de guerra significaban considerables beneficios para la Marina en términos de asignación de recursos para hombres y equipos, ante lo cual los jefes navales no podían haber sido indiferentes. A pesar de todo, subsistían grandes dudas. Un momento clave se presentó durante la llamada "Conferencia de Ogikubo", convocada por el Primer Ministro Konoye en su residencia en un suburbio de Tokyo, el 12 de octubre de 1941. Poco antes de que la reunión comenzase llegó un mensaje para Konoye de parte del Almirante Oka, jefe del Departamento de Asuntos Navales, en el cual expresaba que "La Marina no quiere que se detengan las negociaciones norteamericano-japonesas y desea en lo posible evitar la guerra, pero no encontramos la manera de expresarlo abiertamente en la conferencia"⁵⁷. Tojo, Ministro de Guerra (y como tal vocero del Ejército), enterado de los contenidos del mensaje, se empeñó en que la Marina plantease con claridad su posición, ante lo cual el Ministro de Marina, Oikawa, expresó lo siguiente: "Estamos en una encrucijada: la guerra o la paz. Si continuamos la diplomacia debemos suspender los preparativos bélicos y confiar enteramente en las conversaciones; negociar durante meses y luego alterar repentinamente nuestra vía no servirá... La Marina está dispuesta a dejar la decisión enteramente en manos del Primer Ministro"⁵⁸. Konoye trató de persuadir a Tojo de que aún había posibilidad de llegar a un acuerdo con Estados Unidos, pero no tuvo éxito; si el Ministro de Marina hubiese manifestado inequívocamente que la Armada tenía graves dudas sobre las perspectivas de guerra, tal vez el resultado de esa reunión habría sido distinto, pero Oikawa no tuvo el valor de hacerlo. Ni Konoye ni Togo (Ministro del Exterior) podían garantizarle a Tojo que las negociaciones diplomáticas tendrían éxito, así que este último no cambió su posición a favor de la guerra.

Una situación parecida se repitió en la Conferencia del 10. de noviembre del 41, cuando Kaya (Ministro de Finanzas) interpelló a Nagano (Jefe de Estado Mayor de la Armada) con esta enfática pregunta: "¿Cuándo po-

55 / E. Josko de Guernón: ob. cit., pág. 62.

56 / N. Ike: ob. cit., pág. 13.

57 / Véase: J. Toland: ob. cit., pág. 138.

58 / *Ibid.*, pág. 139.

demos ir a la guerra y ganarla?"; y Nagano respondió: "¡Ahora mismo!; ¡no llegará un momento oportuno más tarde!"⁵⁹. No obstante, poco después, en un momento de receso, Nagano se acercó a Tojo y le dijo: "¿No podría el Ministro del Exterior asumir esta tarea y enderezar las cosas a través de la diplomacia? En lo que concierne a la Marina, usted puede resolver el problema a su discreción". Estimulado por este apoyo inesperado, Tojo regresó a la reunión decidido a presionar aún más a favor de las negociaciones; pero Nagano volvió a recomendar la guerra: "Desde luego, podemos perder, pero si no peleamos tendremos que arrodillarnos ante Estados Unidos"⁶⁰. En privado el representante de la Armada hablaba de paz; en público —tal vez por temor a perder prestigio, parecer cobarde y ver reducidas las ventajas presupuestarias— hablaba de guerra.

Es común que en un proceso complejo de toma de decisiones salgan a la luz diferencias de perspectiva fundamentadas en la especialización e intereses de cada grupo. En el caso de una decisión de guerra, tal fenómeno se hace particularmente peligroso si el sector militar subordina o trata de apartar las consideraciones políticas con base en una visión estrecha del origen y significado de los conflictos bélicos. El "punto de vista puramente militar", tan perjudicial y catastrófico en numerosas guerras, no ha sido desde luego patrimonio exclusivo de los militares; no obstante, en líneas generales, esa perspectiva exclusivista fue adoptada sin refinamientos por los hombres de armas japoneses antes de la Segunda Guerra Mundial. Expresión típica de ello, entre otras, fueron las palabras de Tsukada, Sub-jefe del Estado Mayor del Ejército, en una Conferencia del 26 de junio de 1941, cuando dijo (con referencia a la propuesta de consultar diversos asuntos con Alemania): "La fuerza militar es una cuestión de derrota o victoria. Podemos conferenciar en torno a elevadas cuestiones políticas, pero no sobre aquellas que pertenecen al Comando Supremo (militar)"⁶¹. Bien entendidos, los celos de Tsukada no tienen que ver con el carácter "secreto" de los asuntos militares; sus palabras reflejan la idea de que existe una diferencia sustancial de naturaleza entre los aspectos políticos y la acción militar, que le condujo a separar radicalmente ambas dimensiones de la guerra. Esta actitud, como se ha visto en estas páginas, perjudicó notablemente el debate entre civiles y militares japoneses, oscureciendo los problemas en lugar de esclarecerlos y acentuando las diferencias en lugar de reducirlas.

4/ Consideraciones finales

"El hombre, visto como un sistema de comportamiento, es bastante simple. La aparente complejidad de su conducta en el tiempo es en gran parte el reflejo de la complejidad del ambiente en que actúa".

Herbert Simon
"The Sciences of the Artificial"

59 / N. Ike: *ob. cit.*, pág. 202.

60 / *Ibid.*

61 / J. Toland: *ob. cit.*, pág. 162.

"Es insoportable para los oficiales y soldados del Ejército y la Marina rendir sus armas y aceptar la ocupación del país... Sin embargo, comparado con la completa desaparición del Japón, aun si solo unas pocas semillas sobreviven, ello nos permitirá vislumbrar la recuperación y un futuro mejor".

Emperador Hirohito
Anuncio de los términos de rendición;
14 de agosto de 1945

"Si admitimos que la vida humana puede ser regida por la razón, la posibilidad de vivir es destruida".

Tolstoi
"La Guerra y La Paz"

EL ANALISIS REALIZADO ha permitido mostrar, con base en un caso concreto, algunas de las limitaciones del "modelo de racionalidad" que se expusieron, consideradas en teoría, al comienzo de este ensayo. No hay duda, por otra parte, que el estudio del proceso de toma de decisiones que llevó al Japón a la guerra revela también la enorme complejidad que puede revestir la política internacional. En tal sentido se aplican las frases de Simón colocadas como epígrafe al inicio de esta sección: los dirigentes japoneses, en su mayoría, demostraron poca sutileza, una tendencia a simplificar los asuntos, a ceder ante esperanzas poco fundadas y actuar emocionalmente, bajo el influjo de dogmas y posiciones rígidas. El ambiente político que los rodeaba, en cambio, era confuso, complejo y altamente dinámico. La "capacidad de respuesta" de los líderes japoneses era menor que las exigencias del ambiente. La diplomacia norteamericana fue intransigente, pero ésta era una instancia más de la inevitable "dureza" de la vida internacional, ante la cual es difícil comportarse con la frialdad que reclama la "racionalidad".

El ataque a Pearl Harbour constituyó una muy exitosa operación militar; no obstante, como lo dice Iklé, los planes de guerra japoneses eran como un puente caro "que solo alcanza hasta la mitad de un río". Este tipo de brecha o vacío es excusable si la lucha a toda costa se convierte, en determinadas circunstancias, en la única alternativa a la extinción nacional: "En este caso una defensa heroica no solo sirve fines trascendentes (perecer combatiendo en lugar de rendirse), sino que también puede abrir paso a una intervención «milagrosa» y salvadora"⁶². Desde luego, los riesgos son grandes y la decisión de luchar a la espera de un "milagro" puede ser mucho más contraproducente que la de negociar. Así ocurrió con Finlandia en 1939. Los finlandeses fueron a la guerra contra la URSS confiados en una pronta intervención anglo-francesa de su lado; al no materializarse ésta quedaron solos frente al poderío ruso que terminó imponiéndose. Los finlandeses perdieron más territorio y autonomía de la que habían previsto, pero su férrea resistencia les ganó al menos cierto respeto por parte de sus adversarios y la posibilidad de preservar algún grado de independencia nacional.

62 / F. Charles Iklé: *ob. cit.*, pág. 5.

Clausewitz escribió que: "Un pequeño Estado envuelto en disputas con un Poder muy superior y que prevé que cada año su posición será peor, debe actuar antes de que la situación le sea totalmente desfavorable... Ante este panorama es aconsejable para el pequeño Estado atacar" ⁶³. En 1941 Japón no podía de ninguna manera ser considerado un "pequeño Estado"; sin embargo, su poder militar y capacidades económicas eran significativamente inferiores a las de su principal adversario, los Estados Unidos. En tales condiciones los japoneses se enfrentaban al problema denominado "la ruina de un jugador", magistralmente utilizado por Karl Deutsch para el análisis de las relaciones internacionales: "En los juegos de azar prolongados, es muy probable que los jugadores que cuentan con pequeñas reservas sean aniquilados por las fluctuaciones de su fortuna, aunque la constante ventaja que lleva siempre la banca sea muy moderada. Una vez afectado por una racha de mala suerte, es probable que el pequeño jugador se arruine y, por lo tanto, no sea capaz de aprovechar cualquier racha posterior y más favorable. Sin embargo, la banca, con sus mayores reservas, o cualquier jugador en buenas condiciones financieras similares, pueden sobrevivir incluso a largas rachas de mala suerte y confiar en la probabilidad de que les vaya mejor en alguna etapa posterior. *Cuanto mayores sean los riesgos y más incierta y fluctuante la fortuna del juego, tanto más probable será la ruina del pequeño jugador.* El jugador —o el país— dotado de mayores recursos puede enfrentar más accidentes y errores y seguir con todo en el juego, mientras que el que tiene reservas escasas debe ser muy hábil e, incluso, muy afortunado para sobrevivir. *En verdad, si el juego dura bastante tiempo es probable que, de todos modos, la banca llegue a hacerlo quebrar*" ⁶⁴. Aplicando esta idea al caso bajo estudio, Japón era el "pequeño jugador", los Estados Unidos era la "banca", y el *factor tiempo* la cuestión esencial: si la guerra se prolongaba, conduciría seguramente a la ruina del "pequeño jugador". Los japoneses hubiesen querido quedarse con las conquistas de las primeras fases de la guerra y "salir del juego", pero la "banca" no se lo permitió.

Los dirigentes japoneses asumieron graves riesgos y perdieron; también otros han actuado de esa forma a lo largo de la historia. Pero lo que sí es verdaderamente inexcusable es el hecho de que una vez que se extendió y prolongó la guerra, a medida que se hacía más evidente la disparidad de poder entre Japón y sus contrincantes y que podía ya vislumbrarse el desenlace final del conflicto, los líderes japoneses —en particular del bando militar— se hayan aferrado fanáticamente, como jugadores suicidas, a una resistencia sin futuro. Aún después de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki se trató de impedir que el Emperador y el Gabinete aceptasen los términos de rendición. El mayor conocimiento de las realidades del poder debió haber conducido a una reevaluación de la decisión de combatir; mas estos procesos de autocrítica son extremadamente difíciles de lograr en regímenes políticos "cerrados" en los que el poder de toma de decisiones

63 / Citado por Butow: *ob. cit.*, pág. 321.

64 / Karl W. Deutsch: *El Análisis...*, *ob. cit.*, pág. 109.

Como señala Deutsch en su otra gran obra: *Los nervios del gobierno*, "la capacidad de un sistema de decisión política para idear y ejecutar políticas fundamentalmente nuevas destinadas a hacer frente a nuevas condiciones, se relaciona evidentemente con su capacidad de combatir ítems de información de modo de formar nuevas pautas y hallar nuevas soluciones..." ⁶⁵. Esta "capacidad de aprendizaje" de un sistema le hace dar una respuesta diferente y más efectiva ante un estímulo externo repetido y la misma está estrechamente vinculada a las probabilidades de éxito en la búsqueda de objetivos. Los regímenes políticos pueden entonces compararse mediante un modelo que tome en cuenta su capacidad de conducción y aprendizaje para adaptarse a una variedad de cambios ambientales. El modelo se fundamenta en los siguientes criterios: a) ¿cuál es la carga de información que el sistema (régimen político) es capaz de procesar?; b) ¿en qué medida la respuesta ante nuevos datos es suficientemente rápida?; c) ¿cuál es el cambio real (el "provecho") que resulta como consecuencia de la información procesada?; d) ¿cuál es el monto de guía o anticipación, es decir, la capacidad de un gobierno para anticipar con eficacia los nuevos problemas?

Sin duda, los sistemas democráticos y las sociedades "abiertas" tienen ventajas en cuanto a su capacidad de *absorber información* frente a la rigidez y cierre de canales de acceso de los regímenes autoritarios; así también los sistemas democráticos aventajan a los autoritarios en cuanto a su capacidad para obtener "provecho" en sus respuestas, pues el pluralismo funciona como un mecanismo de enriquecimiento de las ideas. Por último, con relación al monto de anticipación, la democracia tiene ventajas por sus mayores posibilidades de adaptación y creatividad y por los efectos de la libre discusión sobre las posibilidades de innovar y plantear ideas originales ante nuevos desafíos. Por otro lado, las ventajas de un sistema de tipo autoritario (como el imperante en Japón para la época) se dan aparentemente a nivel de la velocidad en la formulación de respuestas, es decir, en cuanto a la disminución del retardo en las decisiones entre nuevos retos, debido a que los mecanismos democráticos de creación de consenso tienden, en principio, a la lentitud. No obstante, la rigidez autoritaria dificulta los cambios y obstaculiza el ajuste a nuevas condiciones de la vida internacional. Esto último, ciertamente, ocurrió en el caso del Japón durante la Segunda Guerra Mundial; la "capacidad de aprendizaje" del sistema era muy escasa debido a sus características de sociedad "cerrada" y a la gran concentración del poder de decisión en unas pocas manos. Esto también ocurría en la URSS y el país tuvo que pagar un altísimo precio por el "aprendizaje" que, finalmente, le llevó a sobreponerse a la invasión nazi. La URSS salió airoso de la guerra, pero a un costo extremadamente elevado, en buena parte consecuencia de la rigidez y dogmatismo de un sistema.

Como lo expresa Deutsch, "la concentración de todas las decisiones supremas en un solo punto implica que dentro de la organización política más extensa no se tolera el funcionamiento de ningún subsistema que cuente con un mínimo de autonomía como para poder modificar o contrarrestar

65 / Karl W. Deutsch: *Los Nervios del Gobierno*, Paidós, Buenos Aires, 1969, pág. 188.

las decisiones efectuadas en la cúspide”. Tal concentración es particularmente engañosa en política internacional, pues “puede tender a desviar la atención de los límites muy reales que restringen las decisiones hasta en las naciones más poderosas. Ningún Estado es omnipotente o dispone de recursos ilimitados, ni tampoco puede ningún gobierno esperar sacrificios ilimitados por parte de su población”⁶⁶. Por otra parte, no hay que perder de vista que cuanto más elevado sea el grado real de concentración de las decisiones mayor suele ser el grado de vulnerabilidad y miedo a la destrucción o una posible infiltración; igualmente, son más elevados los riesgos de que los posibles defectos de ese “núcleo” de decisión (irracionalidad, dogmatismo, debilidades de carácter, etc.) no puedan ser contrarrestados y produzcan las más desastrosas consecuencias.

Los dirigentes japoneses que tomaron las determinaciones fundamentales y las mantuvieron hasta el holocausto final estaban lejos de amoldarse —como se ha tratado de mostrar en estas páginas— al modelo del “actor racional” que decide con base en una amplia y detallada información y a un cálculo definido de probabilidades. Se arriesgaron y fracasaron; y hay que tener claro, para citar de nuevo a Deutsch, que “los hombres tendrán aún que tomar decisiones con su corazón y su mente y, por lo tanto, no debemos subestimar la importancia conceptual y filosófica de la comprensión de los aspectos de la marcha al azar en la política internacional. Esto nos recordará que al enfrentar zonas sustanciales de incertidumbre que seguirán estando ante nosotros, revelaremos *cuáles son los valores que seguiremos ante la duda*: los valores del orgullo y el poder o los valores de la moderación y la compasión”⁶⁷. Los hombres hacen la política exterior y el hombre es un compuesto de razón y emoción; ¿cómo lograr el equilibrio? en qué consiste? ¿cómo armonizar los valores morales y los imperativos políticos? Todas esas preguntas giran en torno al problema de la relación entre ética y política, así como entre política y guerra, cuya dilucidación escapa a los límites de este ensayo.

66 / *Ibid.*, págs. 229, 231.

67 / K. W. Deutsch: *El Análisis...*, *ob. cit.*, pág. 110.